

SERVICIO
SECRETO

Ss

LA CHICA DE LAS MANOS DE ORO

Clark Carrados



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

LA CHICA DE LAS MANOS DE ORO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.515

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 22.017 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1979

© Clark Carrados - 1979

Texto

© Three Lions - 1979

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora de la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

La chica era alta, esbelta, con la figura de una maniquí y el cabello reluciente como las hebras de oro puro. Dirk Spotter se quedó cautivado instantáneamente al observar la gracia con que se movía y la sencillez del menor de sus ademanes.

Era una mujer encantadora. A su paso, dejaba una estela de tenue perfume, muy personal, y los hombres volvían la cabeza sin poderlo remediar, aunque estuviesen en compañía de otra mujer y aunque ésta fuera la propia esposa. Spotter no iba a ser la excepción, y se quedó contemplándola embobado, olvidando por completo la tarea que estaba realizando.

Sí, una mujer de una pieza, pensó Spotter. Pero unos segundos más tarde, la opinión tan favorable que se había formado acerca de la chica de los cabellos de oro cambió radicalmente.

Ella estaba ahora junto a un coche de color blanco crema. Con toda tranquilidad, abrió la portezuela y se sentó en el puesto del conductor.

Spotter dio un salto. Conocía muy bien aquel coche y aún más conocía a la dueña. Precisamente, la propietaria del vehículo estaba en la peluquería situada a pocos pasos de distancia. Spotter había reconocido el coche al pasar y ello le había hecho entrar en la peluquería, en donde le habían informado que la señorita Shelley Cross estaría lista antes de media hora. Por tanto, Spotter había decidido aguardarla en la calle.

Y ahora, aquella rubia tan hermosa se disponía a llevarse el coche de su amiga.

Furioso, dio un paso hacia adelante, a la vez que alargaba la mano. Pero el coche arrancaba ya y el grito de Spotter se perdió en el rugido del motor.

Shelley era una inconsciente, pensó rabioso. Se había dejado las llaves puestas, no había más que ver la facilidad con que la ladrona

se había llevado el automóvil. Pero, al mismo tiempo, Spotter apreciaba mucho a Shelley y no quería que se quedase sin algo que le pertenecía legalmente.

A cincuenta pasos de distancia, un semáforo se puso en rojo. La ladrona tuvo que frenar. Spotter decidió aprovechar la ocasión y retrocedió en busca de su propio coche.

Veinte segundos más tarde, se lanzaba en persecución de la ladrona. Después de sortear unos cuantos vehículos, logró ponerse a su altura. Entonces vio que había alguien más en el coche de Shelley.

Era un individuo de rostro anguloso y parecía tener algo en la mano derecha. ¿Una pistola?

Pero en el mismo instante, sin que Spotter tuviera tiempo de hacer el menor gesto, captó con el rabillo del ojo la imagen de un gigantesco camión de carga que cruzaba por la calle transversal más próxima.

La ladrona pudo pasar. Spotter tuvo apenas el tiempo suficiente para evitar la colisión. Cuando el enorme camión hubo terminado de cruzar la avenida, Spotter comprobó con no poca amargura que la ladrona, su compinche y el automóvil de Shelley habían desaparecido de su vista.

Decepcionado, cortó gas y se acercó a la acera más próxima, en espera de una ocasión propicia para dar la vuelta y anunciar a la cándida Shelley la desaparición de su automóvil. Pero tenía la impresión de que a Shelley la noticia no iba a causarle demasiado trastorno.

La ladrona se llamaba Melanie West, y se sobresaltó enormemente al sentir contra su espalda el contacto de un objeto duro.

—Eso... es una pistola —dijo sin volver la cabeza.

—Lo has adivinado, encanto —rió el sujeto—. Sigue recto y no te desvíes o lo pasarás mal.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella.

—Poca cosa: cincuenta mil dólares.

—¡Cincuenta...! Pero ¿de dónde voy a sacar yo semejante suma de dinero?

El de la pistola soltó una risita.

—Dices cada cosa... Mira, guapa, tú nos darás cincuenta mil y lo

harás muy pronto, porque sabes de sobra que podrías pagar diez veces más sin que tu cuenta lo notase apenas. Cómo puedes apreciar, somos muy modestos y nos conformamos con tan poca cosa, precisamente para que no pongas resistencia a nuestras peticiones. ¿Lo has comprendido?

—Sí, lo he comprendido. Pero, a pesar de todo...

—Será mejor que cierres el pico. A partir de ahora, no quiero oírte ni una sola palabra más, excepto sí o no cuando yo te hable. ¿Estamos?

—Sí —contestó Melanie.

—El fulano tiene pelo negro, liso, casi aceitado, y la cara angulosa, como tallada a hachazos. Debe de tener entre treinta y cinco o cuarenta años y... Bien, eso es todo lo que puedo decirte, Sajita.

Spotter terminó de hablar y agarró la jarra de cerveza que acababan de servirle. Sajita Ushiburo, propietario del Golden Sword, elevó un ojo al techo, mientras los dedos de su mano derecha tabaleaban rápidamente sobre el mostrador.

—Ya está —dijo al cabo de unos segundos—. Es Buckie Malloy. Se dedica al secuestro.

—¿Cómo? —se asombró Spotter—. ¿Se dedica al secuestro? ¿Quieres decir que ha hecho una profesión del rapto de personas?

—Sí, eso —confirmó el japonés—. La banda está compuesta por tres individuos: Buckie Malloy, que es el jefe, Lenny Hawk y Orrin McCoy, quienes se dedican más bien a guardar a los secuestrados y a enviar y recibir los mensajes adecuados a esta situación. Viven de eso, Dirk.

Spotter se pellizcó el labio inferior.

—No comprendo cómo alguien puede vivir de secuestrar a la gente...

—Oh, es muy sencillo. Son muy modestos pidiendo rescate. El secuestrado paga siempre y luego como la cantidad exigida es relativamente baja, no hace la menor denuncia a la Policía. Así se libra de muchas incomodidades, ¿comprendes?

Spotter miró de reojo a su interlocutor. Hacía muchos años que conocía a Ushiburo y ambos se habían hecho mutuos favores en más de una ocasión. Ushiburo era hombre con grandes relaciones en todas partes, aunque en ocasiones su conducta bordeaba los

límites de la ley, nunca, sin embargo, había tomado parte en actos de suma gravedad.

—Estás muy bien enterado de las actividades de esa banda —dijo.

—Sí —contestó Ushiburo.

—Entonces, sabrás dónde tienen escondida a la chica.

—No.

—¿No quieres decírmelo?

—Son modestos pidiendo rescate, pero también astutos en sus operaciones. Jamás llevan a su víctima al mismo sitio. Puedo indicarte dos lugares, en donde retuvieron a dos personas durante algunos días... pero ahora mismo no podría decirte dónde tienen a esa chica.

Spotter entendió que su amigo era sincero.

—Gracias, Sajita. Lo siento por ella —dijo.

—¿Sí?

—Malloy ha secuestrado a alguien que no podrá pagarle el rescate. Era, simplemente, una ladrona. ¿Qué hará Malloy cuando se entere de que esa operación no le va a proporcionar un centavo?

—No lo sé, no me atrevo a formular ninguna hipótesis.

—Pueden matarla, Sajita.

—¡Tal vez!

—Y eso no me gustaría en absoluto.

Ushiburo hizo un gesto con las manos.

—¿Podemos evitarlo? —murmuró apesadumbrado.

Hubo una pausa. Luego, Ushiburo pareció recordar algo:

—A propósito, no me has dicho cómo es la muchacha.

—Bueno... —Spotter hizo una detallada descripción de la rubia—. Me hechizó, te lo aseguro —añadió a continuación—. Pero luego, cuando vi que robaba el coche...

—Es lo suyo, Dirk.

—¿Cómo? —Respingó Spotter—. ¿La conoces?

Ushiburo sonrió maliciosamente.

—La llaman Manos de Oro, imagínate los motivos —dijo—. El nombre auténtico es Melanie West.

—Una ladrona... ¿profesional?

—Al menos, de eso vive. Pero no temas, no desvalija a ancianas pensionistas ni anda por ahí tirando de los bolsos de las

despreocupadas viandantes. Su trabajo es mucho más fino.

—¿Por ejemplo?

—Cajas de caudales.

—Vaya, quién lo hubiera dicho. Con lo guapa que es...

Alguien entró en el bar en aquel instante y Ushiburo se dispuso a atender a la clientela.

—No se puede uno fiar de las mujeres —se despidió con aire sentencioso.

El hombre escuchaba atentamente, mientras su mano hacía girar la rueda. A su lado, otro aguardaba con tensa expectación, evitando en todo momento hacer el menor ruido que pudiera afectar al éxito de la operación.

De pronto, sonó un leve chasquido. Buddy Horton se incorporó satisfecho.

—Ya está —exclamó.

Asió la manija, la hizo girar y luego tiró. La puerta de la caja fuerte se abrió sin dificultades.

—Te lo dije, no la necesitaríamos para nada —añadió.

Ray Gullick asintió.

—Tenías toda la razón —convino—. Bueno, vamos a ver qué hay aquí adentro.

Había unos cuantos fajos de billetes, cuya sola vista encandiló a los ladrones. También había un pequeño saquito de terciopelo negro.

Horton abrió el saquito, aflojando los cordones, y vertió parte de su contenido en la palma de la mano. Cuando vio aquellas chispas de luz, sintió que su cuerpo temblaba de pies a cabeza.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Son brillantes...

Gullick cogió uno con el índice y el pulgar y lo contempló durante unos segundos al trasluz.

—Cien mil —dijo.

—¿Cómo?

—Esto vale cien mil, tú.

—Voy a caerme... Ray, por favor, no digas esas cosas...

—Entiendo un poco, Buddy —afirmó Gullick—. Los diamantes que hay en esta bolsita valen cien mil pavos. Aunque me parece que todavía hay más.

Alargó la mano hacia la caja fuerte y extrajo una libreta de tapas

negras, que hojeó con gran interés. Mientras, Horton guardaba los billetes en un saquito que había llevado a prevención, y en el que echó, además, la bolsita con los diamantes.

—Vamos, Ray —dijo—. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Deja esa libreta...

—¿Dejarla? —Gullick se echó a reír—. Los diamantes pueden valer cien mil dólares, pero esta libreta vale un millón.

—No entiendo... Déjala, no te metas en líos... Ya tenemos bastante con lo que hemos conseguido...

—Me la llevo, Buddy.

Horton frunció el ceño.

—Mira, Ray, demasiado me imagino qué es lo que pretendes. El dueño echará pestes cuando sepa que le hemos limpiado la caja, pero su reacción será mucho menor si encuentra esa libreta. Yo me figuro de sobra qué es lo que contiene y por eso mismo no quiero líos. Déjala, te digo...

Gullick sonreía perversamente.

—Me debe una buena —dijo—. Siempre deseé la ocasión de ponerle en un buen aprieto, y ahora, por todos los diablos, lo conseguiré, te guste o no te guste, Buddy.

—Eso no era lo convenido...

—¡Al diablo con lo convenido! Vámonos, idiota.

—Deja la libreta, Ray.

Gullick frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Eres amigo de ese hijo de puta?

—No, pero no quiero líos. Ya tenemos bastante...

—Buddy, nadie me tiene que decir lo que he de hacer o no he de hacer. Me llevo la libreta, no se hable más, ¿estamos?

De repente, Horton saltó hacia adelante.

—¡Déjala, imbécil! —exclamó—. ¿Tienes ganas de suicidarte? Farrar puede pasar por alto la falta del dinero y de los diamantes, pero si echa de menos la libreta, no habrá rincón en toda la Tierra donde puedas esconderte. Déjala, te digo...

Gullick rechazó con furia a su compinche.

—Estás loco —gruñó—. La libreta vale...

De pronto, Horton le golpeó la mandíbula, tirándolo para atrás.

—Lo hago por tu propio bien, idiota —exclamó.

El golpe enloqueció a Gullick. Casi sin saber lo que hacía, sacó

un revólver y apretó el gatillo.

Horton se llevó las manos al vientre, a la vez que sus ojos se dilataban por el horror.

—Ray, éramos amigos...

Gullick se puso en pie. Horton se había arrodillado ya.

—Ahora serás amigo de Satanás —dijo Gullick brutalmente. Golpeó a Horton con la mano y lo tiró a un lado, agachándose a continuación para apoderarse del saquete que contenía el botín—. Ni dinero, ni diamantes, imbécil; sólo seis palmos de tierra encima.

Pero Horton ya no le oía. Encogiéndose de hombros, Gullick se encaminó en busca de la salida.

Cuando llegó a la calle, comprobó la ausencia de la tercera persona que debía haber intervenido en la operación. Se encogió de hombros.

—No la necesitábamos para nada... ni la necesitaré en lo sucesivo —se dijo.

CAPÍTULO II

Con ademán un tanto melodramático, Buckie Malloy puso delante de Melanie una cuartilla y una pluma y ordenó:

—Escriba lo que voy a dictarle.

Melanie miró sucesivamente a los tres hombres que tenía frente a ella. No sabía dónde estaba, ya que, a poco de haber abandonado la ciudad, su secuestrador la había obligado a pasar al asiento posterior. Dos hombres habían aparecido entonces, y la ataron y amordazaron, además de taparle los ojos. Luego, habían reanudado el viaje, que había terminado después de casi tres horas en aquella casa un tanto vieja, pero aún perfectamente habitable.

—Muy bien, escribiré —accedió.

—«Querido míster Shappaquick...». Es su abogado, señorita *Cross*, y la persona más indicada para realizar las operaciones necesarias para su rescate, ¿comprende?

Melanie asintió.

—Sí, continúe, por favor.

—Muy bien. «Querido míster Shappaquick: estoy secuestrada. Debe preparar cincuenta mil dólares por mi rescate, en billetes de uno, dos y cinco dólares y que no tengan numeración correlativa. Eso le costará aproximadamente un par de días, a fin de no llamar la atención. Entonces, a las cuarenta y ocho horas de recibir esta carta, se le darán instrucciones para la entrega del dinero». Firme y será suficiente.

Melanie firmó. Malloy cogió la cuartilla y empezó a leer su contenido, a fin de cerciorarse de que el mensaje había sido escrito de acuerdo con su dictado.

De pronto lanzó una exclamación:

—¿Qué es esto? —barbotó—. ¿Por qué firma Melanie West y no Shelley *Cross*?

—Porque soy Melanie West —contestó la joven tranquilamente.

Lenny Hawk soltó un juramento.

—Tiene ganas de broma —dijo.

—Sacúdele un par de buenos golpes, Buckie —aconsejó Orrin McCoy.

—Eso no cambiará nada mi situación —dijo Melanie con frialdad—. Aunque me maten a golpes, no harán que sea quien no soy.

—¡Maldita sea! —gritó Malloy—. El coche...

—Lo robé. Pero ¿se le ha ocurrido siquiera mirar mi bolso?

El bolso estaba sobre una polvorienta consola. McCoy lo abrió a manotazos y extrajo de su interior unas cuantas tarjetas.

—¡Condenación! ¡Ha dicho la verdad! ¡Es Melanie West!

Malloy se pasó una mano por la cara.

—Yo vi el coche de Shelley Cross y me escondí en el asiento posterior —explicó—. Cuando noté que arrancaba, le puse la pistola en la nuca... Claro, no le vi la cara, sólo me fijé en el pelo rubio...

—Y cuando me ataron y me taparon los ojos, ¿tampoco se fijó en mis facciones? —sonrió Melanie.

—Íbamos con un poco de prisa... ¡Por todos los diablos! ¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamó Malloy furiosamente.

—Espero que no pensarán matarme —dijo ella—. Al fin y al cabo, soy del oficio.

Hawk la miró recelosamente.

—¿Qué oficio? —preguntó.

—Despojar a la gente de lo que le sobra. A Shelley Cross le sobran cincuenta mil dólares, por lo visto. Yo uso otros procedimientos, pero, al fin y al cabo, también aligero ciertos bolsillos demasiado repletos.

—Conque de la profesión, ¿eh? —dijo Malloy, receloso—. Está bien, hemos cometido un error, pero todavía no es demasiado tarde para repararlo.

—¿Qué piensan hacer? —se alarmó la joven.

Malloy se volvió hacia sus compinches.

—Yo no me fío de esta prójima —manifestó—. Lenny, puede que todo se trate de una trampa. Vuelve a la ciudad y habla con Shelley. Dile que si no viene ella voluntariamente, su amiga Melanie no llegará viva al amanecer.

—¡Serían capaces! —se escandalizó la joven.

—No lo dude —contestó Malloy ceñudamente.

—Este asunto está solucionado —dijo Alvin Farrar por encima del hombro, a la vez que hacía girar el pomo de la puerta—. El concejal Smithsom bailará al son que le toquemos. Puedes estar seguro de que no quiere ir a la cárcel, ¿comprendes?

Travis Benson asintió, con la sonrisa en los labios.

—Será un buen negocio —aseguró.

Farrar terminó de abrir y encendió la luz. Entonces vio algo que le dejó convertido en una estatua.

Detrás de él, su secretario personal y hombre de confianza, lanzó una exclamación. Ambos tenían sobrados motivos para sentirse atónitos.

Había un hombre tendido en el suelo, sobre un charco de sangre. Estaba encogido sobre sí mismo y aún tenía las manos en el vientre.

La caja fuerte aparecía abierta de par en par. Farrar lanzó un rugido de ira.

—¡Malditos...!

Dio un salto y examinó el interior de la caja. Inmediatamente, apreció la falta del dinero y de los diamantes, pero también notó otra ausencia.

—¡La libreta, Travis! —aulló—. ¡Se la han llevado!

Benson sintió que se le cortaba la respiración.

—¡Rayos, no!

Farrar volvió a examinar el interior de la caja fuerte, deseando haberse equivocado en su primera apreciación, pero, por desgracia, la libreta había volado.

Su mente estaba en plena ebullición, tratando de hallar una salida para la crítica situación que se le había planteado tan inopinadamente. Mientras reflexionaba, se acercó al muerto y lo contempló durante unos segundos.

—¿Lo conoces, Travis? —preguntó.

—No, nunca lo había visto en mi vida... ¿Cree que discutió con sus compinches por el botín y que luego...?

—Yo no creo nada —contestó Farrar secamente—. Una cosa es segura: no podemos ocultar este asesinato. Me pone enfermo sólo de pensarlo, pero no tenemos otro remedio que llamara la Policía.

—Sí, jefe.

—Óyeme, Travis, no menciones para nada la libreta robada.

—Desde luego.

—Tengo la impresión de que el muerto debe de ser un tipo fichado —continuó Farrar—. Si es así, cuando sepamos quién es, podremos enterarnos de sus amistades.

—Y entonces sabremos quién es el que tiene la libreta.

—Exactamente.

Benson se encaminó hacia la mesa del despacho, sobre la que estaba el teléfono. Levantó el aparato y pidió que le pusieran directamente con la Central de Policía.

—Se trata de un asesinato —dijo, a fin de activar la acción burocrática.

—¿Por qué te empeñas en hacerme compañía? —preguntó Shelley Cross, tendida lánguidamente en un mullido diván, de un estremecedor color calabaza, cuya sola visión causaba fuertes dolores en el hígado de Dirk Spotter, huésped auto-invitado en la lujosa residencia de su amiga.

—Te lo he explicado de sobra. Van a volver a por ti —contestó Spotter, tratando de no mirar hacia el diván. La combinación del color calabaza de cojines y respaldo con el peinador violeta de Shelley le daba escalofríos.

—Esto es emocionante —dijo Shelley—. Hablar con un secuestrador... Nunca me había sucedido nada semejante...

Spotter elevó los ojos al cielo. Shelley era una mujer muy guapa, y apasionada en determinadas ocasiones, pero, al mismo tiempo, absolutamente inconsciente en muchos aspectos de la vida. Claro que, se dijo, la culpa no era toda de ella.

Había nacido en la riqueza y en la riqueza se había criado, sin que jamás le fuera negado un solo capricho. Por si fuese poco, se había casado a los veinte años con un hombre que le doblaba la edad y que la había dejado viuda siete años más tarde. El señor Cross había dejado tras de sí una fortuna nada desdeñable, cuya mayor parte había ido a parar a las ya repletas arcas de la viuda. Sin embargo, Shelley, a pesar de las proposiciones que le habían formulado en los años sucesivos, no había querido volver a casarse, ansiosa de conservar su libertad y disfrutar de la vida sin tener necesidad de rendir cuentas a nadie que no fuese ella misma.

—Shelley, esto no es cosa de broma —dijo Spotter—. Iban a secuestrarte; yo mismo lo he visto. Tarde o temprano, se darán

cuenta de su equivocación y querrán corregir el error.

—Y vendrán aquí.

—Seguro, nena.

—Maravilloso, querido. Dime, ¿qué harás cuando lleguen los secuestradores? ¿Tienes preparado algún plan?

Spotter se puso en pie y empezó a pasear por el lujoso salón de la residencia. El televisor estaba en funcionamiento, pero ninguno de los dos prestaba la menor atención a las imágenes y los sonidos que brotaban del aparato.

—Pues... a decir verdad, no tengo ningún plan, salvo quedarme en tu casa y esperar, a menos que me echés, claro.

—¿Cómo puedes decir una cosa semejante? —contestó Shelley mimosamente—. Si yo lo que quería es que te quedases aquí para siempre, a mi lado...

—No, gracias, encanto. Eres demasiado absorbente y a mí me gusta más vivir a mi aire, saliendo y entrando de mi casa cuando me apetece, sin tener que rendir cuentas a nadie...

—También podrías hacerlo aquí...

—Tienes demasiado dinero, Shelley.

—Y tú demasiado orgullo —replicó la joven vivamente—. Sabes muy bien que no he querido casarme después de enviudar, pero si tú levantases un solo dedo, yo bailarías sobre las manos para complacerte.

—Muchas gracias, Shelley —contestó Spotter sardónicamente—. Así, como hasta ahora, estamos mucho mejor. Cuando nos apetece a uno de los dos, llama al otro, nos reunimos y... ¿Te importa que me sirva un trago?

—Pon otro para mí, cariñito.

Spotter meneó la cabeza. Realmente, Shelley tenía muchas cualidades, pero no acababa de seducirle la idea de encadenarse a ella de por vida, ni siquiera pensando en los montones de dinero que tenía en los Bancos. Y bien mirado, físicamente tenía muy poco que envidiar a otras mujeres. Pero no, era mejor que siguieran como hasta el momento, pensó, en el momento que empezaba a destapar la botella.

En aquel instante, un locutor de televisión daba una noticia:

—En la residencia de Alvin Farrar, conocido hombre de negocios de la ciudad, ha sido encontrado el cadáver de un sujeto, muerto a

consecuencia de un balazo y que la policía ha identificado como Buddy Horton. Se supone que Horton fue muerto en una disputa con su cómplice, ya que la caja fuerte del señor Farrar fue abierta y su dueño ha echado en falta una suma de dinero que se aproxima a los cuarenta mil dólares, además de una partida de diamantes valorados en ciento ocho mil dólares...

—Buen botín —comentó Spotter, mientras entregaba el vaso a su bella anfitriona.

Shelley alzó el brazo. El peinador se abrió y el seno derecho, redondo, firme, de mórbidos contornos, quedó al descubierto.

Ella no hizo nada por cubrirse. Tenía los ojos fijos en su huésped y sonreía invitadoramente.

Spotter apuró su copa de un trago.

—Ahora no —dijo.

—Como quieras. Sabes que siempre, en cualquier momento, estoy a tu disposición.

—Gracias, encanto.

Spotter se preguntó cómo era posible que pudieran avenirse tanto dos personas de tan dispares caracteres. Quizá es porque no estamos juntos a todas horas, pensó.

Y, de repente, una lamparita centelleó tenuemente en un rincón de la estancia.

—Tápate —dijo Spotter bruscamente—. Ya están ahí.

CAPÍTULO III

Pistola en mano, Lenny Hawk avanzó cautelosamente a través del amplio vestíbulo de la casa, sin darse cuenta de que, poco antes había pisado un cable que había enviado una señal de alarma al interior de la residencia. Lenny meneó la cabeza al ver que todas las luces estaban encendidas y que no parecía que se hubiesen tomado precauciones especiales para defenderse de posibles asaltantes.

Lenny no podía saber que todo había sido idea de alguien que ya estaba enterado de un secuestro equivocado. Pero las cosas se presentaban en excelentes condiciones, y hasta era posible que, con un poco de suerte, pudiera llevarse secuestrada a la dueña de la casa.

Momentos después, llegaba ante una puerta que abrió cautelosamente. Tendida en un diván, con un libro en las manos, una hermosa rubia apareció ante sus ojos.

Lenny sonrió. Me la llevo, se dijo.

Avanzó un paso, dos... La rubia levantó su vista de las páginas impresas y le miró tranquilamente.

—Hola —dijo Lenny—. ¿Quieres levantarte, preciosa?

—Lo siento, estoy impedida —contestó Shelley.

—En efecto, no puede moverse —dijo Spotter en aquel instante. Y el filo de su mano derecha golpeó secamente el cuello de Lenny, justo bajo la oreja. Lenny oyó un gran ruido y se desplomó sin sentido al suelo.

Shelley palmoteo alegremente.

—¡Como en las películas! —exclamó.

—Esto es algo más serio, dulzura —dijo Spotter gravemente. Y en el acto, se puso a trabajar.

Minutos más tarde, Lenny estaba atado como un salchichón. En el mismo momento sonó el teléfono.

—¿Quién puede llamarme a estas horas? —se extrañó Shelley, a

la vez que se dirigía hacia la mesita donde estaba el teléfono. Spotter seguía ocupado en su tarea y no prestó atención a la llamada, hasta que Shelley pronunció su nombre—: ¡Dirk!

—¿Qué pasa, Shelley?

—Es para ti... Te llama un tal Sajo... Sija...

—¡Sajita! —Respingó Spotter.

—Sí. Oye, es un hombre, pero tiene nombre de mujer.

—Es japonés, preciosa —rió Spotter, a la vez que cogía el teléfono—. Sajita, te escucho.

—Tengo algo interesante para ti. Un tal Horton ha sido asesinado...

—Sí, he oído la noticia —recordó Spotter de pronto.

—Bueno, Horton trabajaba con Manos de Oro. Si te sirve de algo...

—Es curioso —murmuró el joven—. Gracias, Sajita. Pero ¿cómo diablos has sabido que estaba aquí?

Ushiburo rió maliciosamente.

—Soy un hombre bien informado —contestó. Y colgó el teléfono.

—¿Algo interesante? —preguntó Shelley, a la vez que se ponía un cigarrillo en los labios.

—Pudiera ser —contestó Spotter evasivamente—. Shelley, mi vida, ¿cómo tienes el estómago?

—Pues... bien —contestó ella sorprendida—. ¿Por qué lo preguntas, Dirk?

Spotter señaló al prisionero, que ya empezaba a moverse.

—Quizá tenga que torturarlo para averiguar dónde tienen secuestrada a la ladrona de tu coche —respondió dramáticamente.

Cuando Lenny Hawk abrió los ojos, lo primero que vio fue a un hombre de unos treinta años, que sostenía una varilla de metal, en cuyo extremo había un trozo de algodón empapado en líquido. El hombre sonrió al acercar la llama de su encendedor al algodón.

—Eh, ¿qué diablos pretende hacer conmigo? —exclamó Lenny. Entonces se dio cuenta de que estaba sólidamente atado a un pesado sillón y que le era imposible moverse.

—Ayer, sobre las cinco de la tarde, fue secuestrada una mujer, joven, rubia, bastante guapa, ¿dónde está? —preguntó Spotter.

—Yo no sé nada...

—Estás bien atado, pero puedes mover la cabeza. Mírate los pies.

Lenny obedeció. Estaba descalzo.

—Pero ¿qué diablos pretenden...?

El algodón se inflamó súbitamente.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Spotter, inflexible.

Lenny se puso a sudar.

—Usted no puede hacer una cosa así —lloriqueó—. Usted es una persona decente.

—Tienes razón —intervino Shelley—. Él sólo quiere quemarte los pies. Si de mi dependiese, te quemaría los huevos.

—¡Shelley, no seas ordinaria! —protestó Spotter.

De pronto, la llama rozó uno de los pies del prisionero.

Lenny lanzó un chillido.

—¡No, no! —chilló histéricamente—. No me queme... Se lo diré...

—¡Qué flojo! —dijo Shelley, despectiva.

Spotter levantó la improvisada antorcha.

—Habla indicó.

Lenny tenía la cara mojada de sudor.

—Es... tendría que hacerle un plano...

—Muy bien —dijo Spotter—. Voy a soltarte una mano. Harás el plano y no sólo eso, sino que, además, vendrás conmigo en el coche, aunque bien atado, por supuesto. Si veo que me has engañado, pegaré fuego al coche contigo dentro, ¿estamos?

El hampón se sentía completamente derrotado.

—Sí, sí, señor... Haré lo que usted me diga... —Y en su fuero interno maldijo la equivocación de Malloy y la absurda idea de enviarle a hablar con Shelley Cross. Pero era todo lo que podía hacer, reconoció amargamente.

Minutos más tarde, Spotter se disponía a salir de la casa con su prisionero, a quien había atado las manos a la espalda. Lenny se quejó de tener aún los pies descalzos.

—Al menos no los tienes quemados —contestó Spotter. Se volvió hacia la dueña de la casa—. Gracias por tu ayuda, encanto.

—Ven a verme en cuanto puedas —pidió Shelley.

—Descuida.

Lenny quedó en el hueco situado entre los dos asientos del

coche. Para mayor seguridad, Spotter le ató los tobillos con un trozo de cordón. Luego se sentó tras el volante, hizo girar la llave de contacto y arrancó.

La silueta de la cabaña se recortaba nítidamente contra el cielo, en el que ya se apreciaban las primeras luces del nuevo día. Spotter agarró a su prisionero por los hombros y lo hizo salir fuera del coche.

—¿Es ahí? —preguntó.

Lenny tenía la boca tapada y tuvo que limitarse a contestar con un gesto afirmativo. Spotter volvió a lanzarlo al mismo sitio.

Inmediatamente, echó a correr hacia la casa. Cuando estaba ya a poca distancia, derivó hacia la derecha, a fin de acercarse por la trasera. Momentos después, se detenía junto a la puerta posterior.

Movió el pomo lentamente. Abrió muy despacio, centímetro a centímetro. La casa era vieja y no tenía ganas de que un chirrido inoportuno viniese a descubrir su presencia antes de tiempo.

Cuando tuvo espacio suficiente, asomó la cabeza. Aquello era la cocina. Entró y caminó de puntillas hacia la puerta que comunicaba con el resto de la vivienda.

En aquel momento oyó pasos que se acercaban.

Alguien empujó la puerta, a la vez que decía:

—Voy a hacer un poco de café; ya me estoy cayendo de sueño.

Orrin McCoy añadió una interjección y encendió la luz.

—¡Buckie, Lenny tarda demasiado! ¿Qué opinas?

—Tiene que llegar enseguida, ya no puede retrasarse mucho —contestó Malloy desde el interior.

—Ojalá sea como dices —refunfuñó McCoy, escéptico. Terminó de empujar la puerta, buscó el interruptor de la luz y, una vez iluminada la cocina, dio un paso hacia adelante. En el mismo instante, sintió algo frío en la nuca y una mano le tapó la boca.

—Quieto o te mato —dijo Spotter.

McCoy sintió que las piernas le flaqueaban. Emitió unos gruñidos inarticulados y, de repente, se desplomó al suelo.

—Vaya —resopló Spotter—, pues se ha desmayado...

Sonrió levemente. Aquel providencial desvanecimiento resultaba muy oportuno.

Alargando el cuello, procuró mirar hacia el interior de la casa. Había dos personas sentadas en sendos sillones. Una de ellas era

Manos de Oro, la cual aparecía adormilada en el butacón. El otro, Buckie Malloy, estaba en tal posición que daba la espalda a la puerta de la cocina.

Pisando de puntillas, Spotter se acercó a Malloy. Cuando levantaba la mano con la que sostenía la pistola, Melanie pareció presentir algo extraño y abrió los ojos.

La sorpresa apareció en su rostro. Malloy lo advirtió y se alarmó, pero ya era tarde.

—Hola, Manos de Oro —dijo Spotter segundos después.

—Me conoce... y yo no le he visto a usted en los días de mi vida —se asombró Melanie.

—Te vi ayer, cuando robabas el coche de una buena amiga mía. Intenté perseguirte, pero un camión me cerró el paso y perdí tu pista. Para entonces, sin embargo, ya sabía que habías sido secuestrada.

—Esto parece cosa de brujería —rió la joven—. ¿Quién es usted?

—Dirk Spotter, investigador aficionado en ocasiones y ahora tu salvador.

Spotter guardó la pistola, que pertenecía a Lenny, y se acercó a la butaca con una navajita en las manos. Momentos después, Melanie quedaba libre de sus ligaduras.

—No sé cómo voy a darle las gracias, señor Spotter —dijo—. Ellos se confundieron de objetivo...

—Lo sé, Manos de Oro.

—Usted sabe muchas cosas. ¿Tiene algún servicio de espionaje particular?

Spotter pensó en Ushiburo y sonrió, divertido.

—Puede —contestó—. También sé que Buddy Horton ha aparecido asesinado en la residencia de un tal Alvin Farrar.

La cara de Melanie se blanqueó súbitamente.

—¡No! —dijo.

—Es rigurosamente cierto. Horton ha sido asesinado y la caja fuerte de Farrar está vacía de dinero y de diamantes.

Ella se puso ambas manos en las mejillas.

—Ha tenido que ser Ray —murmuró—. Nunca se avinieron bien...

—¿Quién es Ray? —preguntó Spotter.

—Gullick... —Melanie irguió el torso—. Pero no le diré más, si

usted no es policía, no tengo obligación...

—No, no tienes ninguna obligación, ni a mí me interesan tus razones —manifestó Spotter—. Te he rescatado y eso es todo lo que importa verdaderamente.

Ya había bastante luz en el exterior y Spotter abrió la puerta.

—Me llevo el coche de su dueña —anunció—. Tú tienes ahí otro para que puedas volver a la ciudad.

Melanie dio unos pasos hacia el joven.

—Me gustaría explicarte...

—¿Para qué? No tiene importancia, hermosa. Adiós.

Spotter subió al coche de Shelley y dio el contacto. Antes de arrancar, miró a la joven.

—Esos dos despertarán muy pronto —advirtió.

Melanie pareció despertar en aquel instante y echó a correr hacia el otro vehículo. Se preguntó quién era realmente Spotter y cuáles habían sido sus auténticas razones para acudir a rescatarla de sus secuestradores.

Sosteniendo el humeante cigarro con los dientes, Ross McTrye estaba profundamente concentrado en el relato que el periódico hacía del crimen cometido en la residencia de Alvin Farrar. McTrye se preguntó qué motivos había tenido el asesino para matar a Horton.

¿Habían discutido allí mismo por el reparto del botín? se preguntó.

Para McTrye, había otros motivos muy superiores y que no eran mencionados por la prensa. De pronto, creyó comprender la verdad.

Estaba medio tumbado en su sillón y se incorporó para alargar la mano y tocar un timbre. A los pocos segundos, se abrió la puerta del despacho y entró un individuo.

—¿Jefe?

—Cliff, ¿has leído la noticia de la muerte de Horton? —preguntó.

—Por supuesto. Horton y su compinche discutieron por el reparto del botín...

—Por algo más, Cliff, por algo más.

—Pues, no se me ocurre nada... —dijo Cliff Vinceton, dubitativo.

Bruscamente, McTrye terminó de incorporarse, hizo girar el

sillón y apoyó los dos codos en la mesa.

—Cliff, Farrar fue capaz de declarar el robo de los brillantes. Ha tenido que hacerlo, aún dándose cuenta de que corre riesgo de ser acusado de contrabando. Pero esto es algo que se puede solucionar, pagando... y de este modo, desvía la atención de la Policía de algo muchísimo más importante. ¿No has oído hablar alguna vez de la famosa libreta de Farrar?

Vinceton se pegó una palmada en la frente.

—¡Pues claro, jefe! —exclamó—. La libreta, eso es. Los ladrones fueron a por ella, discutieron y...

—Y ahora nosotros vamos a ver si encontramos al que se cargó a Horton y le pedimos «cortésmente» que nos entregue esa libreta. Cliff, si la conseguimos —dijo McTrye con los ojos brillantes como brasas—, te aseguro que verás a Farrar lamer las suelas de mis zapatos.

—Me gustaría verlo, en efecto —sonrió Vinceton.

—Entonces, pon en marcha tus servicios de información. Cuanto antes sepamos quién es el que mató a Horton, más cerca estaremos de conseguir la libreta.

—Ahora mismo, jefe —dijo Vinceton. Y salió de la habitación.

CAPÍTULO IV

Terminó de afeitarse, se aplicó unas gotas de loción en la cara y luego se puso la camisa. Cuando terminaba de abotonársela, oyó la campanilla de la puerta.

Abrochándose el puño izquierdo, cruzó la sala y abrió. Spotter vio ante sí a una mujer joven, alta, muy esbelta, vestida con blusa amarilla y pantalones de color azul fuerte. Unas grandes gafas de color ocultaban sus ojos, y un pañuelo amarillo cubría por completo su pelo.

—Señora... —dijo Spotter.

—¿No me reconoce? —preguntó la joven, a la vez que se quitaba las gafas.

—¡Melanio!

—La misma. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Spotter se echó a un lado.

—Haré café —anunció.

—No se moleste, he desayunado hace poco. ¿Soy inoportuna?

—No. Tengo que salir, pero no importan unos minutos más o menos —contestó él—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No me ha llamado aún Manos de Oro.

—Nunca me gustaron demasiado los apodos... cierta clase de apodos. Prefiero los nombres propios.

—Gracias. Señor Spotter...

—Puedes llamarme Dirk y tratarme de tú —dijo él, a la vez que sacaba tabaco—. ¿Fumas?

—Sí, gracias.

Spotter encendió el cigarro de su visitante y luego el suyo propio. Mientras lo hacía, observó cuidadosamente a la joven. Estaba muy nerviosa, apreció.

—¿Y bien, Melanie?

Ella inspiró con fuerza.

—Robé el coche, lo admito. Fue sencillo, tenía las llaves puestas. Y yo sabía que encontraría un coche con las llaves puestas en las inmediaciones de ese famoso peluquero que atiende a las mujeres más encopetadas de la ciudad. Todas son ricas y para ellas perder un coche es como para mi perder veinte centavos.

—Sí, en parte tienes razón. Pero sigue, te lo ruego.

—Habíamos planeado un buen golpe. Nos costó semanas enteras de estudiar el digamos terreno de operaciones y planear la acción, de modo que no se produjeran fallos. Yo tenía que ir con un coche robado, porque a fin de cuentas, debíamos actuar a plena luz del día, aunque fuese ya por la tarde. Naturalmente, si algún curioso se fijaba en el coche y tomaba la matricula, daría un dato equivocado, ¿comprendes?

—Desde luego —asintió Spotter—. ¿Qué pasó después?

—Bien, me secuestraron. El secuestrador estaba escondido en el coche, agazapado en el asiento posterior y no vio nada, hasta que yo me senté tras el volante. Entonces, como yo soy rubia y la dueña del coche también lo es, y no me miró a la cara, porque estaba detrás de mí, me puso una pistola en la nuca... y ya no pude acudir a la cita que tenía con mis dos socios.

—Ah, los considerabas como socios.

Melanie se sonrojó.

—En esta ocasión, si —contestó.

—Y en otras también —afirmó Spotter, recordando los informes de su amigo el japonés.

—A Horton lo tenía más bien como informador. Luego yo daba sola los golpes —confesó la joven.

—Horton está muerto. Lo mató el otro, es de presumir.

—Sí, tuvo que ser Ray Gullick. Es un sujeto ruin, vengativo; no me gustaba en absoluto, pero Horton insistió en que nos acompañase esta vez. Horton había sido un buen amigo de mi padre, ¿comprendes? Tuve que ceder...

—Y ahora lo lamentas, aunque más lo lamenta Horton. En resumen, ¿qué quieres de mí?

—Tengo algún dinero. Quiero que encuentres a Gullick y que lo entregues a la Policía.

Spotter aplastó su cigarrillo contra un cenicero.

—Melanie, ¿por quién me has tomado? —preguntó.

—El otro día dijiste que eras investigador privado...

—Sólo hasta cierto punto; no es estrictamente mi profesión, aunque en ocasiones hago pesquisas para adquirir tal o cual dato. No, no soy un detective privado, en el sentido literal de la palabra.

—Entonces, no aceptas...

—Alto, todavía no he dicho que no. Melanie, antes de seguir adelante, necesito que me facilites todos los detalles posibles sobre la vida y milagros de Ray Gullick.

En aquellos momentos, Ray Gullick se hallaba en una situación nada agradable.

Gullick tenía la cabeza y los hombros metidos en la bañera. Un hombre le sujetaba por los tobillos, que quedaban a la altura de sus propios hombros. El individuo era fuerte y resistía con todo éxito las frenéticas coces que daba Gullick, en su ansia para buscar aire para sus pulmones.

Durante unos minutos, los dos hombres se mantuvieron en la misma postura. Luego, lenta e inexorablemente, los movimientos de Gullick se hicieron más débiles, hasta cesar por completo.

Entonces el asesino lo dejó caer dentro de la bañera. Gullick resbaló, dio media vuelta y quedó boca arriba, con todo el cuerpo sumergido. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían, mirar a través de la capa de agua que los cubría.

Cuando el asesino se hubo cerciorado de que su víctima había muerto, inició el registro del apartamento.

Media hora más tarde, llegaba a la conclusión de que lo que tanto le interesaba no estaba allí. Sí, había encontrado un buen fajo de billetes y una bolsita con diamantes, pero a pesar de que era un magnífico botín, había algo más interesante y no le había sido posible encontrarlo.

Evans Hook empezó a pensar en la posibilidad de una caja de alquiler de un banco o en la taquilla automática de una estación de autobuses o del ferrocarril. Pero no había encontrado el menor resguardo que le permitiese confirmar sus hipótesis.

A pesar de todo, aquellas reflexiones le hicieron reanudar el registro. Esta vez permaneció trabajando durante más de una hora, sin dejar por explorar el más recóndito lugar del apartamento. Cuando terminó, cansado, lleno de polvo —«Era un guarro», pensó

con furia de su víctima—, y empapado en sudor, tuvo que admitir que Gullick había sabido esconder muy bien lo que él había buscado con tanto ahínco.

Maldiciendo en voz baja, abandonó la casa. En medio de todo, se dijo, tenía el botín para consolarse.

Hook no se dio cuenta de que había un coche a poca distancia del edificio. Subió al suyo y se alejó rápidamente, sin advertir que había sido visto por alguien que le conocía.

—Eh, ¿no es ese Evans Hook? —exclamó Gratt Walton desde el volante del coche que conducía.

—Sí, el mismo —confirmó su compañero Zeke Lummis—. Me pregunto qué hará por estos andurriales...

—¿No te lo imaginas? ¿Crees que es el único que anda buscando a Gullick?

Walton levantó la vista hacia la sexta planta, en la que se hallaba situado el apartamento de Gullick.

—Me parece que hemos llegado unos minutos tarde —dijo, a la vez que abría la portezuela—. Voy a subir a investigar, quédate aquí hasta que vuelva.

—De acuerdo.

Walton regresó cinco minutos después y se sentó de nuevo en el coche, estaba desencajado y le temblaban las manos.

—Dios, qué manera de morir —dijo.

Lummis tragó saliva.

—¿Está muerto?

—Ahogado, en la bañera. La casa está toda patas arriba. Si había algo de interés, Hook se lo ha llevado.

—Tendremos que decírselo al jefe, ¿no te parece?

Walton asintió, a la vez que accionaba el arranque del motor.

—Sí, se lo diremos en cuanto encontremos una cabina telefónica —convino.

Spotter paró el coche y contempló asombrado la pequeña multitud que se había congregado a ambos lados de la puerta de la casa a la que se dirigía. Vio también un par de coches blancos y negros de la Policía, una ambulancia y un fotógrafo de prensa. Los destellos de las lámparas del techo brillaban por encima de las cabezas de los curiosos.

Spotter se apeó del vehículo y caminó una veintena de pasos. De

pronto, vio una cara conocida.

—Hola, sargento Foxley —saludó—. ¿Qué ha pasado aquí?

El policía se volvió, reconoció a Spotter y sonrió.

—Alguien le ha ajustado las cuentas a un tipo llamado Ray Gullick —contestó.

—¡Gullick! —Se sobresaltó el joven.

—¿Lo conocías?

—No, sargento.

Foxley miró de reojo a su amigo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Alguien me lo recomendó y quería hablar con él. Tú ya me conoces, podía resultar útil su... colaboración.

—Lo siento, has llegado tarde.

—Sí, ya veo. ¿Cómo fue?

—Lo ahogaron en la bañera. Luego registraron el apartamento y no les faltó más que derribar los tabiques. Si Gullick guardaba algo de valor en su casa, es evidente que el asesino o los asesinos, que eso no se sabe todavía, se lo han llevado.

Spotter meditó unos instantes. Bueno, Melanie le había encargado encontrar al asesino de Horton y entregarlo a la Policía. Pero alguien se le había adelantado ya, con lo que su labor quedaba terminada en aquel mismo momento. Gullick era un asesino que había sido asesinado a su vez. El mundo no perdía nada con su ausencia, filosofó, en cierto modo satisfecho de poder dar la tarea por terminada.

Dos sanitarios salieron en aquel momento, portadores de una camilla sobre la que se veía un bulto cubierto con una sábana blanca. La lámpara del fotógrafo chispeó unas cuantas veces.

Spotter dio una palmada en la espalda de su amigo.

—Hasta la vista, sargento —se despidió.

—Dirk, cuando quieras, pásate por mi oficina. Tengo un caso que puede resultarte interesante —dijo Foxley.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Estás seguro de que era Evans Hook? —preguntó Ross McTrye.

—Segurísimo, jefe. Lo vimos a menos de una docena de pasos. Zeke estaba conmigo... Si quiere, le diré que se ponga al teléfono...

—No hace falta, Gratt. De modo que Hook se ha cargado a

Gullick.

—Ha tenido que ser él. Todo parecía muy reciente... Además, al salir de la casa, llevaba en la mano una bolsa de papel. Seguramente, contenía algo de importancia que había encontrado en el apartamento.

—Sí, eso opino yo —dijo McTrye, maldiciendo amargamente los minutos de tardanza de sus subordinados, que le habían estropeado uno de sus mejores planes. Pero todo se podía arreglar aún, pensó esperanzadamente—. Oye, Gratt...

—Sí, jefe.

—Hay que encontrar a Hook. Como sea, ¿me oyes?

—Sí, señor.

—Cuando le hayas encontrado, será preciso llevarlo a mi residencia de Skyview Hill. Allí podremos «interrogarlo» a gusto, ¿entendido?

—Déjelo de nuestra cuenta, jefe; eso es cosa hecha —aseguró Walton orgullosamente.

Colgó el teléfono y salió de la cabina. Lummis aguardaba en el coche.

—¿Qué te ha dicho el jefe, Gratt? —preguntó.

—Hay que localizar a Hook y llevarlo a Skyview Hill.

—¿Para qué? Lo que vaya a decir, igual puede decirlo aquí, ¿no?

—Eres tonto, Zeke —refunfuñó Walton enojadamente—. En Skyview se le puede interrogar a fondo, sin temor de que los vecinos puedan oír sus chillidos de... protesta, ¿entiendes?

Lummis asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Oh, tienes razón... Oye —preguntó de súbito—, ¿qué diablos contiene esa libreta, que parece tan interesante para el jefe?

—Y a nosotros, ¿qué nos importa? La quiere el jefe y eso es todo —respondió Walton.

—El jefe tendrá la libreta —aseguró Lummis.

CAPÍTULO V

Spotter trepó al taburete y esperó a que su amigo Ushiburo atendiese a una pareja situada en el otro extremo del mostrador. Al cabo de unos momentos, vino Ushiburo y miró escrutadoramente a su amigo.

—¿Qué va a ser, Dirk?

—Café, Sajita.

—Sí.

Ushiburo llenó la taza y la puso delante del joven.

—A Gullick se lo han cargado —dijo.

—Sí.

Spotter había estado en el bar antes de ir al apartamento de Gullick a fin de adquirir informes complementarios por otro conducto. Por ello, Ushiburo conocía el interés de su amigo hacia el hampón.

—Te habrás sentido defraudado —dijo Ushiburo.

—En cierto modo.

—¿Cómo?

Spotter apuró el café.

—Gullick era el asesino de Horton.

—Pero tú lo buscabas...

—Para entregarlo a la Policía. Muerto ya, no me interesa en absoluto.

Spotter sonrió, a la vez que dejaba unas monedas sobre el mostrador.

—De todos modos, gracias, Sajita —añadió.

—Lástima —dijo el japonés con fingido pesar—. Iba a darte una noticia interesante...

—El caso ya no me interesa.

—¿De veras? Si lo resuelves, ¿no tendrás una buena historia que contar a los lectores de Walt Stevenson?

Spotter daba ya media vuelta para marcharse, pero contuvo el gesto y miró fijamente a su amigo.

—Sajita, eres una especie de pequeño canalla...

Ushiburo se echó a reír.

—A Walt Stevenson le interesará saber el nombre del asesino de Gullick —dijo—. Que luego quiera verlo o no, ya es cuenta suya.

—Está bien —rezongó Spotter—. Suéltalo ya.

—Evans Hook. Su último domicilio conocido es el ochocientos noventa y dos de Portman Avenue. Ten cuidado, es un mal hombre.

—Tú le conoces bien, parece.

—Por referencias. Es muy aficionado a marcar la cara con navaja, pero si hace falta, corta más abajo.

—En el cuello.

—Sí.

—Lo recordaré. Adiós, Sajita.

—Suerte, Walt Stevenson.

Al salir, Spotter sonrió. ¿Cómo había llegado Ushiburo a enterarse de su seudónimo literario? Meneó la cabeza, era inútil devanarse los sesos. El japonés conocía más informaciones que todos los policías de la ciudad juntos.

Consultó el reloj. Era ya tarde y no tenía deseos de enfrascarse en una posible pelea con un sujeto tan irascible como parecía ser Evans Hook. Por otra parte, presentía que Melanie no había sido absolutamente sincera con él.

Sería cosa de hablar nuevamente con la muchacha... pero en mejor ocasión. Ahora, Shelley se sentiría muy contenta de tenerlo como invitado a cenar, pero más contenta se sentiría después, cuando lo tuviese a su lado, en aquel enorme lecho del que se sentía tan orgullosa.

Travis Benson entró con paso firme en el despacho de su jefe y se detuvo ante la mesa.

—Traigo noticias —declaró.

Farrar se disponía a encender un cigarro y apagó la llama del mechero de un soplido.

—Habla —indicó.

—El que mató a Horton fue Gullick. Éste ha muerto a su vez y su casa ha sido saqueada. Horton trabajaba mucho con una tal Manos de Oro. Esa chica tiene que saber algo a la fuerza.

—¿Por qué la llaman «Manos de Oro»? —preguntó Farrar.

—Sería capaz de abrir la bóveda del First National Bank sin nada más que sus manos. Imagínese lo que le costó abrir su caja fuerte.

Farrar asintió.

—De modo que esa chica estuvo presente.

—Seguro, jefe.

—Pudo ser ella la que mató a Horton.

—No lo creo. Detesta las armas. Aunque tal vez en esta ocasión tuvo que aceptar los hechos consumados.

—Sí, claro; Horton estaba ya muerto y ella no podía volverle a la vida —dijo Farrar cáusticamente—. Bien, me interesaría hablar con esa fulana. ¿Entiendes lo que quiero decir, Travis?

—Ordenaré que la traigan, jefe —contestó el secretario.

El coche se detuvo delante de la casa, justo en el momento en que Evans Hook salía del cuarto de baño. Receloso por naturaleza, Hook se asomó a la ventana y vio a dos hombres que se apeaban del vehículo.

Aunque no podía distinguir sus facciones, Hook era lo suficientemente aprensivo para sospechar que aquellos dos hombres venían en su busca y no precisamente con intenciones amistosas. Sin perder un solo segundo, corrió a ponerse la chaqueta. Luego agarró el maletín que contenía el dinero y los diamantes y se encaminó hacia el otro lado del apartamento. Levantó el bastidor de una de las ventanas, pasó a la plataforma de la escalera de incendios y empezó a descender rápidamente hacia la calle, situada a seis pisos de distancia.

Cuando puso el pie en el suelo, miró a su alrededor. Todo estaba tranquilo en la zona. Se preguntó adonde podría ir para esconderse. Era obvio que alguien sabía ya que había estado en el apartamento de Gullick y todo su interés se centraba ahora en no ser descubierto.

De pronto, concibió una idea que le hizo sonreír. Dio la vuelta al edificio. Su coche estaba parado a poca distancia. Los hombres que le buscaban estaban en el interior del edificio. Pronto notarían su ausencia y...

Simulando anudarse el cordón de uno de los zapatos, Hook se arrodilló junto al coche de los hombres que le buscaban. El cordón estaba bien atado, pero Hook aprovechó para deshinchar la rueda

delantera derecha. Luego se enderezó y con paso natural, caminó hacia su propio automóvil.

Walton y Lummis salían de la casa, cuando Hook arrancaba. Al verle, se lanzaron hacia el coche. Un segundo después, Walton empezaba a jurar obscenamente al darse cuenta de la imposibilidad de perseguir a Hook.

—Nos la ha jugado bien —dijo, cuando al fin se sintió con ánimos suficientes para sustituir las imprecaciones por palabras decentes.

Anudándose el cordón de la bata, Melanie cruzó la sala y, tras atisbar por la mirilla, abrió la puerta.

—Madrugador —dijo.

—Quiero hablar contigo —manifestó Spotter.

Melanie se echó a un lado.

—Me disponía a preparar el desayuno —declaró—. ¿Quieres acompañarme?

—Tomaré un poco de café, gracias.

Spotter siguió a la joven. El apartamento era sencillo, sin grandes lujos, pero decorado con un gusto exquisito. Había un notable contraste entre las preferencias sobre decoración de dos mujeres tan dispares como Melanie y Shelley Cross.

—Habla —indicó Melanie, mientras ponía la sartén al fuego—. ¿Qué te preocupa ahora?

—Tú —contestó él.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No fuiste totalmente sincera conmigo. Callaste muchas cosas.

—Te dije todo...

—No —insistió Spotter—. Por ejemplo, ¿cuáles son los motivos que tienes contra Farrar?

Melanie empezó a volverse.

—Ese miserable...

—Cuidado, se te quemarán los huevos —advirtió Spotter—. Habla sin mirarme.

—Está bien. Arruinó a mi padre y lo envió a la cárcel. Murió, todavía encerrado, hace poco más de año y medio.

—¿De eso te quejas?

—¿Te parece poco?

—Melanie, tu padre no te enseñó precisamente buenas

costumbres, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—¿Por qué te llaman Manos de Oro?

—Conque lo sabes... —dijo.

—Robas a los ricos... ¿y se lo das a los pobres? —preguntó Spotter burlonamente.

Melanie apartó la sartén y puso su contenido en un plato.

—Lo que he quitado a unas cuantas personas no tiene comparación con lo que ellos han robado a otros —dijo.

—Sí, ésa es la justificación de todo el que quiere pasar por bandido generoso —rió Spotter—. De modo que tu padre te enseñó a abrir las cajas de caudales, sin necesidad de llaves ni conocer la combinación.

—Hubo un tiempo en que éramos felices y vivíamos honradamente. Trabajábamos en un circo...

—¿Qué pasó?

Melanie puso café en dos tazas y se sentó a la mesa.

—Mi padre era malabarista, de los buenos, y también hacía juegos de manos. El dueño del circo huyó un día con la recaudación. Entonces supimos que había vendido las instalaciones. No pudimos reclamar nada y nos encontramos en la calle. —El rostro de Melanie expresaba dureza, rencor, apreció Spotter, que la contemplaba fijamente—. Yo tenía entonces quince años y sé el duro golpe que representó para mi padre quedarse sin trabajo. Él quería mandarme a la Universidad, deseaba que yo estudiase una carrera... y eso se lo impidió.

—Sigue, por favor.

Melanie hizo una inspiración.

—El estafador prosperó poco después. Supo rehacerse, pero no fue capaz de cancelar las deudas que tenía con sus antiguos empleados. Papá lo localizó un día y le desvalijó la caja fuerte.

—Y así empezó la historia.

—Ahí debería haber acabado. Papá pudo montar un negocio, pero, sin saber con qué clase de persona trataba, se alió con Farrar. Al cabo de dos años, se encontró en la cárcel, acusado de estafa. Farrar había sabido hacerlo muy bien, ¿comprendes?

—La vida te ha herido cruelmente —dijo Spotter.

—¿Acaso lo dudas?

—No, pero hay formas de venganza que se pueden volver contra el que la práctica. ¿Qué pensabais encontrar en casa de Farrar? ¿Cuarenta mil dólares en billetes y ciento ocho mil en diamantes? Es un buen golpe, pero no le arruinas, ciertamente. Podría perder impunemente una suma diez veces mayor y tú lo sabes muy bien.

—Es cierto —admitió Melanie.

—Entonces, ¿qué buscabas?

Spotter se dio cuenta de que su pregunta había dado en el blanco. Melanie vacilaba en dar su contestación.

De pronto, antes de que la joven pudiera pronunciar una palabra, sonó el timbre de la puerta.

—Discúlpame, Dirk —dijo ella.

—Claro.

Spotter sacó tabaco y se puso un cigarrillo en la boca. Apenas lo había encendido, cuando oyó un leve grito de Melanie.

CAPÍTULO VI

El grito se repitió. Alguien dijo:

—No chilles, estúpida. ¿Quieres que te rebane el pescuezo?

Spotter se puso rígido. ¿Quién era el intruso?

—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó Melanie. Son dos, pensó Spotter inmediatamente.

O quizá más, pero, por el momento, no parecían haberse percatado de su presencia en la casa.

—El jefe quiere verte, guapa —dijo otro de los intrusos.

—¿Quién? —preguntó ella.

—¿Quién diablos va a ser, tonta?

—Ah, Farrar...

Spotter se dio cuenta de que Melanie alzaba la voz con tonos estridentes. Era una forma de darle a entender lo que sucedía.

—De modo que tengo que ir a ver a Farrar —añadió Melanie.

—Sí, y cuanto antes mejor, encanto.

—Pero no estoy vestida...

—¡Pues vístete, por todos los diablos!

—De acuerdo, muchachos. Tendré que ir al dormitorio, ¿eh?

—No te perderemos de vista —dijo uno de los intrusos.

—¿Puedo hacer algo para evitarlo? —contestó Melanie resignadamente.

Spotter empezó a pensar en la mejor manera de ayudar a la joven. No tenía armas, no le gustaba usarlas, y aunque era fuerte y no temía a una pelea a puñetazos, aunque fuese con dos adversarios a la vez, debía considerar la absoluta seguridad de que los dos hampones sí estuvieran armados.

De pronto, vio algo que le hizo sonreír de anticipada satisfacción.

La cafetera eléctrica era grande, de metal, y seguía todavía conectada a la toma de corriente. En silencio, Spotter desconectó la

cafetera y, agarrándola por el asa, sacó la cabeza fuera de la cocina.

Un poco más allá estaban los dos intrusos, en la puerta del dormitorio, extraordinariamente divertidos a juzgar por los comentarios que hacían.

—Buen cuerpo, sí, señor. Eso es una silueta y no la de mi mujer, que parece un saco de patatas.

—Pero si tú no estás casado, Lex.

—Por eso mismo —rió Lex Moore—. Oye, ¿qué te parecen sus tetitas?

—Monísimas, un verdadero encamo —dijo Cutty Long.

—Dos encantos —exclamó Moore, riendo atronadoramente—. Y el trasero, ¿no te dan ganas de darle un buen pellizco?

—Vaya carnes firmes —mugió Long—. En la cama, esta tía debe de ser una maravilla.

—Fuego puro, tú.

—¿No saben hablar de otra cosa, cerdos bípedos? —les apostrofó Melanie.

—Viéndote sin apenas ropas, ¿de qué coño quieres que hablemos?

—De eso precisamente, del c...

Moore no pudo seguir hablando. Su voz se transformó de repente en un aullido cuando un chorro de café casi hirviente cayó por su cuello y resbaló por la espalda, haciéndole dar un tremendo salto, que le llevó a dos metros de la puerta.

Sobresaltado, Long se volvió, justo a tiempo de recibir el impacto de la cafetera en plena frente. Long bizqueó, torció la boca y luego se desplomó al suelo.

El otro, aunque chillando por el dolor de las quemaduras, hizo un esfuerzo por sacar su pistola. Spotter saltó hacia él y le golpeó de revés en pleno rostro con la cafetera. Moore retrocedió, tambaleándose. Spotter lo derribó de un nuevo golpe, ahora dirigido a la sien izquierda.

Luego, todavía con la cafetera en la mano, se acercó a la puerta del dormitorio. Melanie le contempló fijamente.

—Creí que no ibas a darte cuenta de la situación —dijo.

Spotter demoró la respuesta unos segundos. Melanie ofrecía un aspecto realmente seductor, vestida solamente por el sostén, las bragas y las medias, todo el conjunto de color negro.

—Estuve divirtiéndome un poco con los comentarios que hacían estos gaznápiros —respondió al cabo—. ¿Los conoces?

—Lex Moore y Cutty Long. Trabajan para Farrar.

—Ah, Farrar —dijo Spotter—. Querían que fuesen a hablar con él.

—Sí. Como comprenderás, no voy a aceptar esa invitación.

—Empiezo a temer por tu seguridad. ¿No tienes algún sitio dónde esconderte?

—Tengo una cabaña de recreo, a orillas del Mirror Lake, pero creo que Farrar lo sabe. Por tanto, si desaparezco de la ciudad, enviará a buscarme allí.

—Podrías, entonces, alojarte en otro sitio que le resultase desconocido a Farrar. Por ejemplo...

Spotter sonrió.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Melanie.

—En mi casa —repuso él.

Melanie entornó los ojos.

—No estás casado, supongo —dijo.

—No, encanto.

—Está bien, iré a tu casa. ¿Qué piensas hacer con estos dos sujetos?

—Termina de vestirme; nos iremos enseguida —dijo Spotter mientras se inclinaba para desarmar a Moore.

La pistola del hampón, junto con la de su compinche, fueron a parar al cubo de la basura. Los dos sujetos fueron encerrados en un armario ropero, cuando ya empezaban a gruñir, anunciando su recuperación. Spotter cerró con doble suelta de llave, que guardó en el bolsillo, y luego se encaminó hacia la puerta, en donde Melanie se le reunió a los pocos minutos, cuando ya se escuchaban los primeros puntapiés de los prisioneros contra la puerta de su encierro.

—Listos —dijo Melanie.

Spotter abrió la puerta.

—Las damas primero —sonrió.

En aquel apartamento no le encontrarían tan fácilmente, pensó Evans Hook. ¿A quién se le iba a ocurrir buscarle en la casa dónde había vivido Buddy Horton hasta hacía poco más de una semana?

El apartamento estaba desalquilado y Hook lo había arrendado

por dos semanas, cuyo importe había pagado por adelantado. A Hook no le gustaba en absoluto el conserje del edificio; le parecía que tenía que pasarse la vida espiando a los inquilinos.

Tal vez era un soplón de la Policía, pensó de repente. Luego, sacudiendo la cabeza, alejó de sí aquellos temores. Me estoy volviendo tan aprensivo como una vieja, masculló, enojado consigo mismo.

El conserje le había traído una botella, por cuyo servicio le había dado un par de dólares de propina. Hook llenó un vaso, tomó un par de tragos y luego, sentado en el diván de la casa, sacó la bolsita con los diamantes. Tras aflojar los cordones, vertió el contenido sobre uno de los cojines.

Hook se creía seguro en el interior del apartamento, pero estaba equivocado.

El contiguo estaba desalquilado y el conserje se hallaba en su interior, espiándole a través de un orificio practicado en el tabique. Aquel hombre vio el cegador brillo de los diamantes y creyó que perdía la respiración. Por todos los diablos, eso vale una fortuna, pensó.

Podía ser la solución para su actual situación, una solución para una vida monótona y sin alicientes... La perspectiva de una existencia con dinero en abundancia, buenos vinos y mujeres hermosas, le hizo sentirse durante unos segundos como alucinado.

Silenciosamente, abandonó el apartamento. Los dedos de su mano derecha rozaron la llave maestra que abría todas las puertas del edificio.

—¿De veras te interesa mucho Evans Hook?

—Sí, mucho.

—Te di su dirección —manifestó Ushiburo.

—Lo sé, pero ha desaparecido de su casa. Nadie sabe dónde está. Ushiburo empezó a rascarse la mejilla con el pulgar.

—Habría calculado que soplan malos vientos —supuso.

—Es posible. ¿No puedes darme más detalles?

—Yo no. En todo caso, Bella Morse.

—¿Quién es la prójima, Sajita?

—En tiempos fue amante de Hook. Ahora estaban separados, pero, que yo sepa, continuaban manteniendo ciertas relaciones de amistad.

—¿Dónde vive Bella?

—Tres manzanas más abajo. Es la dueña del Bombs.

—Bombas —sonrió Spotter.

—Sí —Ushiburo hizo un gesto con ambas manos, a fin de señalar las protuberancias pectorales de una mujer bien dotada—. Ella las tiene así, Dirk.

—Como una vaca, vamos.

—No le andará muy lejos —rió el japonés.

Spotter se tocó la sien con el índice y dio media vuelta. Cinco minutos más tarde, entraba en el Bombs.

En aquel lugar, apreció, había de todo lo referente al sexo. Sentados a una mesa, dos homosexuales se acariciaban apasionadamente, sin importarles las gentes que les rodeaban. Dos mujeres de mediana edad, secas y angulosas, parecían disputarse los favores de una muchacha que no tenía veinte años y que parecía muy satisfecha de ser el centro de la atención de las maduras lesbianas.

En otras mesas, hombres y mujeres hablaban o se acariciaban sin cuidarse en absoluto de los demás. Spotter se acercó al mostrador y levantó una mano.

Una mujer se acercó a los pocos segundos.

—¿Qué quieres, buen mozo? —preguntó.

Spotter fijó la vista en los enormes senos de la mujer. Nunca había visto cosa parecida, tuvo que admitir *in mente*.

Bella sonrió.

—¿Te gustan mis tetas?

—Están muy apetitosas —dijo él.

—Y firmes, créeme. Toca, toca y te convencerás...

Bella exageraba. Eran como dos bolsas llenas de manteca recién fundida. Pero no le iba a quitar la ilusión.

—De piedra, tú —rió—. Ponme un doble de lo bueno, anda.

—Sí, ahora.

Bella inclinó la botella segundos después.

—Tengo que hablar con Hook —manifestó Spotter de pronto.

Ella le miró fijamente.

—No pareces un poli, pero hoy día no te puedes fiar —dijo.

—No soy de la policía. Se trata de un buen asunto. Pasta en abundancia, ¿comprendes?

—Hace tiempo que no le veo...

Bella vacilaba, advirtió Spotter.

—¿No viene por aquí? —preguntó.

—Lleva tres o cuatro días sin dejarse ver —respondió la mujer.

Y estará más tiempo sin hacerse visible, supuso Spotter lógicamente.

—Pero puedo esperarlo —expresó en voz alta.

Claro. Estás en tu casa.

Spotter cogió el vaso y buscó una mesa libre. Sacó cigarrillos, se puso uno en los labios y lo encendió. Una mano, de uñas muy rojas, se lo quitó en el acto.

—Gracias, buen mozo —dijo la mujer.

Spotter la miró y sonrió.

—Siéntate y pide lo que quieras —invitó.

—Gracias. ¡Mac, uno de tus especiales!

—Ahora mismo, Helen —contestó el camarero.

—Me llamo Helen Broelant —dijo la mujer. Era joven, de pelo muy rubio y senos altos y bien formados.

—Dirk —contestó él sin dar el apellido.

—Hola, Dirk.

—Hola, encanto.

Spotter encendió su cigarrillo. El camarero vino y le puso un billete en las manos.

—Guárdese la vuelta.

—Gracias, señor.

Helen alzó su vaso.

—Los especiales de la casa saben mejor en mi apartamento —manifestó incitantemente—. Yo también los sé preparar, ¿comprendes?

—Estoy aguardando a un amigo dijo Spotter.

—Quizá no venga hoy —sonrió Helen—. Pero si vinieras a mi apartamento, yo podría decirte dónde está Evans Hook.

Spotter se puso rígido.

—¿Cómo sabes que lo busco?

Helen expulsó una larga bocanada de humo.

—Tengo buen oído —contestó.

—Muy bien. ¿Cuánto vale la información?

—Cincuenta por servicios normales. Cien, por variaciones —

recitó Helen—. Y cincuenta más por informes.

Spotter meditó unos instantes. ¿Estaría dispuesta Melanie a pagar ciento cincuenta dólares?

—Acepto —dijo al cabo.

Helen aplastó el cigarrillo contra un cenicero y se puso en pie.

—Te aseguro que esos ciento cincuenta dólares no serán dinero tirado —manifestó. Se alisó provocativamente la falda por la región de las caderas y recogió el bolso—. En marcha —exclamó.

CAPÍTULO VII

Con infinito sigilo, Denis Whitby abrió la puerta del apartamento y escuchó atentamente durante unos segundos. El leve rumor de unos ronquidos llegó muy pronto a sus tímpanos.

Whitby terminó de abrir y luego cerró a sus espaldas. Tenía la frente empapada de sudor. Todo su cuerpo era un puro temblor... pero ¿qué podía importarle a nadie? Nadie echaría en falta a Evans Hook, se dijo, mientras sacaba de la pretina del pantalón un pesado martillo.

Avanzó paso a paso. Sí, allí estaba Hook, tumbado boca arriba en la cama, roncando fuertemente. Su mano estaba fuera del lecho y rozaba la botella que había caído al suelo.

Whitby se acercó a la cama. Volvió a temblar. ¿Y si fallaba el primer golpe?

Era un hombre más bien débil, incapaz de enfrentarse con otro, aunque fuese de su misma complexión. Pero, de pronto, recordó los diamantes y se decidió.

Alzó el martillo. Un segundo después, sonó un *crack* estremecedor.

Entonces ocurrió algo horrible. Hook se sentó en el lecho, con los ojos desmesuradamente abiertos y gritando de un modo horripilante.

Whitby se aterró. El mismo miedo le hizo repetir los martillazos. Golpeó una y otra vez, hasta que Hook se desplomó de espaldas, con la frente completamente hundida y el rostro lleno de sangre.

Whitby arrojó el martillo a un rincón, horripilado por lo que acababa de hacer. Fuertes convulsiones agitaban su cuerpo de la cabeza a los pies. Ni siquiera se atrevía a mirar a su víctima, cuyo aspecto era verdaderamente espantoso.

Al cabo de unos minutos, consiguió tranquilizarse en parte. La chaqueta de Hook estaba sobre una silla y la registró rápidamente.

Sí, allí estaban los diamantes. Guardó la bolsita y luego, rehaciéndose, recogió el martillo y fue al baño, en donde lo lavó minuciosamente, limpiando luego sus huellas dactilares con ayuda de una toalla mojada.

Una vez terminada la tarea, dio media vuelta y abandonó el apartamento. Al hallarse fuera, respiró aliviado. Se quedaría un día o dos, era preciso que la Policía descubriese el cadáver... y luego desaparecería convertido literalmente en humo.

Spotter consultó su reloj. Tendida en la cama, Helen le miraba entre escéptica y decepcionada.

—Oye, tú, no estoy tan mal —dijo—. Tengo unos buenos pechos y un trasero bastante atractivo. Sé menearme bien...

Spotter se volvió hacia la prostituta. Ella echó a un lado la sábana con la que se cubría.

—Helen, no te ofendas, pero no estoy aquí para divertirme —manifestó.

—Bueno, ya sé que me has pagado, pero a pesar de todo, una también es sensible...

—Lo siento —dijo él—. ¿Conocías tú a Hook?

—Claro. Era el fulano de la patrona. Luego rompieron.

—¿Por qué?

—A Bella le gustan ya los jovencitos.

—Oh... Y él no se enojó...

—Se lo tomó con filosofía. Es lo mejor, ¿no te parece? Como estoy haciendo yo contigo...

—Helen, ¿cómo supiste que Hook estaba en el edificio?

—Oh, le vi entrar por la mañana. Le dije hola y él contestó, agitando la mano. Luego, el señor Whitby, el conserje, me dijo que le había dado el apartamento de Horton.

Spotter oyó aquel nombre y se puso rígido.

—¿Buddy Horton?

—Sí, el mismo que apareció muerto en casa de Farrar. Vivía aquí y, a veces, subía a visitarme. Era un buen muchacho —suspiró Helen.

Spotter entornó los ojos. ¿Cómo había ido a parar Hook al apartamento de Horton?

Bueno, conociendo la catadura de los dos individuos, no resultaba extraño. Y bien mirado, el apartamento que había sido de

Horton y ya registrado y revisado por la Policía, era un buen escondite para un asesino.

Era hora de acabar con la espera, pensó.

—Aguárdame aquí, Helen —dijo.

—¿Vas a hablar con Hook?

—Sí.

—Tiene muy malas pulgas, te lo advierto.

—Lo sé, ya me lo han avisado.

Helen vivía en el piso situado inmediatamente encima del de Hook. Spotter descendió por las escaleras y se detuvo ante la puerta. Primero pensó en llamar, pero rectificó muy pronto. Lo mejor era sorprender al individuo.

Hizo girar el pomo y asomó la cabeza. Al fondo se veía la luz del dormitorio. Todo estaba en silencio.

Avanzó sin hacer ruido. De pronto, sintió un violento choque.

Cerró los ojos un instante. Era un cuadro horripilante.

Hook tenía la cabeza hundida a golpes. Incluso se veía un poco de masa encefálica. Su rostro aparecía lleno de sangre, que había escurrido por los lados del cuello. La boca aparecía torcida en una mueca horrorosa.

Inmediatamente, adivinó los motivos del crimen. Alguien se había llevado el botín obtenido en la residencia de Farrar. Por tanto, era inútil registrar el apartamento.

Abandonó aquel lugar de muerte sin hacer el menor ruido. Por un instante, pensó en marcharse también del edificio, pero era una actitud que podía resultar sospechosa. Lo mejor era volver junto a Helen.

Y portarse con ella como un cliente autentico.

—¿Lo has visto? —preguntó Helen, cuando entraba en el dormitorio.

—He llamado, pero no contesta —mintió él. Sonrió mientras se quitaba la chaqueta—. De todos modos, es una entrevista que puede aguardar unas horas.

—Conmigo entretendrás la espera muy muy agradablemente —dijo Helen, apartando de nuevo las ropas de la cama.

—Tienes muy mala cara —observó Melanie a la mañana siguiente, mientras vertía café en una taza.

—Es posible. La noche ha sido un poco movidita —admitió

Spotter.

—No ha sido una noche solitaria, supongo.

—No, no tengo por qué negarlo. Pero tuve que hacerlo, aunque no sentía muchas ganas.

—Me gustaría entenderte...

—Evans Hook fue asesinado ayer por la noche.

Melanie se dejó caer sobre una silla.

—Dios mío.

—Lo he visto yo. Esta mañana han descubierto el cadáver. Le rompieron la cabeza a martillazos.

—Es horrible... Entonces, no pudiste hablar con él.

—Llegué tarde.

Spotter apuró el café. Luego miró a la joven.

—Y ahora, dulzura, es preciso que tú y yo hablemos muy seriamente.

Melanie se irguió, sin levantarse de la silla.

—¿De qué hemos de hablar? —preguntó.

—Del asalto a la caja fuerte de Farrar. Tú no lo hiciste solamente por dinero. Buscabas algo más...

—No es verdad, Dick.

—La mentira se ve en tu cara —dijo él, inflexible—. Mira, Farrar no envió a sus matones a tu casa sólo por unos miles de dólares. Admito que debe de sentirse muy frustrado por la falta del dinero y de los diamantes... pero también pienso que echa en falta algo más. ¿Por qué me lo ocultas?

—¿Qué pasará si te lo cuento? —quiso saber Melanie.

Spotter hizo un gesto con ambas manos.

—Me has contado tu historia. Hay pasajes justificables en tu vida y otros que no lo son tanto, pero, vamos, yo no soy juez de nadie y menos de ti. Sé que Farrar, pese a su apariencia de respetabilidad, es un verdadero cocodrilo...

—Está bien —se rindió la joven—. Se trata de la libreta.

—Ah, una libreta.

—Toda la ciudad lo sabe, hombre.

—Cuidado, yo no estoy tan introducido en el mundo del hampa como tú.

—Pero tienes conocimientos...

—Tengo un amigo que los tiene. Y es raro que Sajita no me haya

mentionado esa libreta.

—Bueno, pensaría que Farrar la tiene en lugar seguro.

—Y no es así.

—Opino que no. Gullick se la llevó.

—Y Hook se la quitó, después de asesinar a Gullick.

—Presumiblemente, así tuvo que suceder.

—Esa libreta debe de contener anotaciones muy importantes, ¿verdad?

Melanie asintió. Luego, un tanto nerviosa, encendió un cigarrillo.

—Si su contenido se hiciera público, la mitad de los políticos de esta ciudad irían a parar a la cárcel... Con Farrar encabezando la formación.

—Cosa que tú deseas más que nada en este mundo.

Los ojos de la joven centellearon.

—Lo deseo, sí —confirmó con gran vehemencia.

—Bueno, sea como sea, alguien liquidó a Hook y se llevó todo —dijo Spotter—. Ahora el problema consiste en encontrar a ese sujeto.

—¿Tienes alguna idea sobre el particular?

—No —Spotter bostezó—. Perdona, pero voy a darme un baño; lo estoy necesitando.

—Y también necesitas dormir —apuntó ella, maliciosamente.

—Un poco, lo admito.

—¿Era guapa?

Spotter la miró de arriba abajo, tan penetrantemente, que Melanie no pudo por menos que sentirse sofocada.

—¡Caramba, parece como si tuvieras rayos X en los ojos! —Se enfadó—. Vaya manera de mirar a las personas...

—A una persona —sonrió él—. Y por desgracia, mis ojos no tienen rayos X.

Melanie quedó en la sala, pensativa, jugueteando con un nuevo cigarrillo, aunque sin encenderlo. Al cabo de unos minutos, fue al baño.

—Dirk, me marchó —anunció desde la puerta.

Spotter, sumergido en espuma hasta el cuello, se alarmó vivamente.

—Melanie, ¿estás loca? —gritó.

—Me llevo tu coche. No te preocupes por mí, volveré antes de que sea de noche.

—Pero...

Spotter fue a levantarse, pero se dio cuenta de que ya no podría alcanzar a la muchacha. Maldiciendo amargamente, continuó su baño. La inesperada acción de Melanie le iba a quitar el sueño, se quejó.

El coche se detuvo por el color rojo del semáforo. Melanie, con las manos en el volante, tenía el pie derecho en el freno, en espera de poder reanudar la marcha.

Un automóvil se detuvo a su lado. Ella volvió la cabeza distraídamente. Entonces, todo su cuerpo sufrió una fuerte sacudida.

Cutty Long la reconoció y lanzó una maldición.

—¡Lex, mira! —gritó—. Manos de Oro está aquí, junto a nosotros...

Moore volvió la cabeza y reconoció a la joven. Inmediatamente, abrió la portezuela y saltó al suelo.

—Ahora vas a ver tú, condenada puta... —masculó entre dientes.

Moore puso la mano en la manija de la cerradura. Entonces, Melanie pisó el acelerador a fondo y arrancó, antes de que el semáforo cambiase a verde. Moore, sorprendido a contrapié, cayó al suelo.

Pero se levantó, botando como si fuese una pelota. Saltó hacia su coche y tendió la mano hacia delante.

—¡Síguela, idiota! ¡No te quedes ahí, parado como un estúpido!

Long arrancó también. En aquellos momentos le hubiese gustado disponer de radio, como la policía, para anunciar a su jefe que estaban persiguiendo a Manos de Oro.

De repente, otro coche se les puso a la misma altura, por la izquierda. Long vio que había dos hombres y que uno de ellos tenía un revólver en la mano.

—¡Lex, saca la artillería! —chilló frenéticamente.

Moore echó mano a su pistola. Pero ya era tarde.

A menos de un metro de distancia, Gratt Walton, apuntando con toda tranquilidad, perforó de un balazo la rueda delantera del coche adversario. Lummis conducía y aceleró bruscamente apenas oyó el

estampido.

Long se dio cuenta de la pérdida de estabilidad y quiso frenar. El coche se desvió súbitamente hacia su izquierda y saltó a la acera, haciendo huir despavoridos a los viandantes que circulaban por allí con toda tranquilidad; atravesó un trozo con césped, arrolló una papelera, destrozó un seto y acabó por fin en un estanque, en cuyo centro había un artístico surtidor.

El estruendo cesó. Moore, al fin, un tanto recobrado, miró a su compinche.

—Cutty, ¿has visto tú lo mismo que he visto yo?

—Sí, Lex, lo he visto.

—Al jefe le interesará saberlo.

—Sí, seguro.

La gente corría hacia ellos. El estanque, por fortuna, no era muy profundo. Iban a tener complicaciones, pensó Long, mientras abandonaban el coche ya inservible, pero al menos habían salvado el pellejo, que no era poco.

CAPÍTULO VIII

—El coche está todavía ahí —dijo Walton—. Ella sigue ahí dentro, en el edificio.

Lummis levantó la vista hacia el edificio de treinta y tantas plantas y, casi todas ellas, destinadas a oficinas.

—¿Qué diablos hará aquí? —murmuró.

—No importa —contestó Walton—. La esperaremos.

Melanie aceptaba en aquel momento un cigarrillo ofrecido por un hombre de mediana edad, casi calvo y de suaves maneras.

—De modo que no sabes nada dijo, después de expulsar el humo.

—No, querida, aún no he tenido la menor noticia sobre el particular.

—Es raro, ¿no te parece?

—Según lo mires, encanto.

—¿Cómo?

—La cosa está todavía muy caliente. El que tiene ahora las piedras parece esperar a que la atmósfera se haga... más respirable.

Melanie asintió. El hombre la miró sonriendo.

—¿Cómo fallaste en esta ocasión? —preguntó Víctor Richardson, oficialmente comerciante en sellos, y menos oficialmente, perista de ciertas cosas de valor, pero sólo para gentes de confianza.

Cuando alguien tenía algo bueno que vender en la ciudad, recurría a Richardson, quien sólo aceptaba el encargo si la operación merecía la pena. Melanie sabía que diamantes por valor de ciento ocho mil dólares podían interesar a Richardson.

Suspiró. Luego empezó a relatar su aventura, a partir del momento en que un secuestrador se confundió de objetivo, hasta la entrada en aquel lujoso despacho. Richardson rió de buena gana con las peripecias sufridas por la joven. Ella, lógicamente no parecía tan divertida.

—Me están siguiendo... —Se acercó a la ventana y miró hacia abajo—. Y todavía están aguardándome, Víctor.

Richardson se levantó también. Al cabo de unos segundos, volvió a su mesa de despacho.

—Voy a librarte de esa pareja de moscones —anunció, mientras levantaba el teléfono.

Cinco minutos después, volvió a mirar a su visitante.

—De modo que estás alojada en casa de Dirk Spotter —dijo.

—Sí, es un tipo excelente...

—Vaya, quién lo hubiera dicho. Eres huésped nada menos que de Walt Stevenson.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Melanie.

Richardson se lo explicó. Ella se quedó estupefacta.

—Nunca lo hubiera dicho... Claro que eso es algo que no me preocupó demasiado... Yo no podía saber...

Desconcertada, volvió a la ventana. Un coche de patrulla de la Policía se detenía en aquel momento frente al edificio. Melanie vio a uno de los policías hablar con el conductor del coche que la había perseguido. Long se sentía furioso, porque aseguraba no haber cometido ninguna infracción. El policía, inflexible, dijo que tenía que ir con su coche inmediatamente a revisión, en los talleres de la Policía.

—O me llevo a usted arrestado —terminó.

—Está bien —accedió Long—. Lex, quédate aquí, ya sabes lo que quiero decir.

—Vete tranquilo, muchacho.

Long marchó detrás del coche de patrulla. Mientras, Moore alzaba la mano y detenía un taxi, en cuyo asiento posterior se acomodó de inmediato.

—¿Adónde le llevo, señor? —consultó el taxista.

—¡Mire ese coche azul claro! Sígalo cuando su dueña lo haga arrancar. Mientras tanto, espere —ordenó Moore.

—Sí, señor.

Melanie apareció pocos minutos después. El taxista, obedientemente, se situó a la zaga de su coche. Pero, quinientos metros más adelante, se desvió bruscamente a su derecha.

—¡Eh! ¿Qué diablos está haciendo? —chilló Moore.

El taxi se detuvo a los pocos metros.

—Lo siento, señor, se me ha averiado —dijo el taxista—. Si lo cree oportuno, no me pague la carrera...

Moore se apeó dándose a todos los diablos. Miró al taxista que sonreía y tuvo la sensación de que había sido objeto de una gigantesca burla.

Furioso y despechado, se marchó a pie, pero el coche de Melanie ya se había perdido de vista.

—Sajita, dime, ¿qué sabes tú de la libreta de Farrar?

Ushiburo puso *whisky* en un vaso y añadió un par de cubitos de hielo. Luego se acodó en el mostrador y miró fijamente a su amigo.

—Puede ser una mina de oro... o una tonelada de dinamita junto a una hoguera —contestó.

—¿Tú no me habías hablado de ella? —se quejó Spotter.

—No se me ocurrió. Sinceramente, no pensé que los ladrones se atreviesen a robarla, aunque más supuse que no fueron capaces de encontrarla.

—Pues la encontraron y ha desaparecido.

—Y tú la estás buscando.

Spotter hizo un gesto con las manos. Ushiburo sonrió.

—Eres un buen amigo y te aprecio mucho —dijo—. Tus historias me divierten enormemente. Si fueses menos vago y pulieses un poco más tus relatos, podrías obtener resultados verdaderamente sorprendentes.

—Me han comprado los 13 relatos negros —dijo Spotter complacidamente—. Y me proponen un contrato como guionista de una serie para la T.V.

—Ésa es una noticia fresquísima, tú.

—Acabo de recibir la carta. La encontré en el buzón cuando salía de casa.

—Te felicito. Aceptarás, supongo.

—Primero quiero solucionar este caso. Me intriga muchísimo.

—Dirk, olvídate de la libreta. Puedes quemarte algo más que las manos si llegas a tocarla.

—No, no puedo. Lo siento —Spotter apuró el *whisky*—. Avísame si sabes algo. Telefonéame y dime que... que has encontrado el tratado de botánica.

—No sabía que te gustasen las plantas —dijo Ushiburo.

—La hierba me enloquece... después de transformada por las

terneras y los corderos —se despidió riendo el joven.

Regresó a casa. Cuando abrió la puerta, vio a Melanie sentada en el diván, con una revista en la mano.

—Hola, Walt Stevenson —saludó la muchacha.

Spotter arqueó las cejas.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

—Un buen amigo —Melanie agitó la revista—. Este relato está verdaderamente interesante. Escribes bien, Walt Stevenson.

—Psé, lo corriente...

—Ha llamado un tal Henry O'Cork. Dice que es tu agente artístico. Me ha encargado que te diga que ha conseguido el máximo para la nueva serie de televisión que se va a realizar, en base a tus relatos.

—El buen Henry —sonrió Spotter—. Sabe arrancar buenos contratos, no cabe duda. ¿Qué ha dicho cuando oyó tu voz?

—Bueno, le dije que era tu secretaria y él contestó: «Sí, sí, secretaria...» —Melanie miró inocentemente al joven—. Dirk, ¿qué quería decir con esa frase?

Spotter se dio cuenta de que ella lo sabía. Simplemente, deseaba expresar así su buen humor por alguna noticia seguramente agradable.

—¿No me contestas? —preguntó Melanie—. ¿O sueles cambiar de «secretaria» con frecuencia?

—Oh, sí, una cada día... Pero, dime, ¿dónde has estado tú?

—Buscando la libreta.

—Y no la has encontrado.

—No, aunque quizá alguien encuentre una pista.

—¿Cuándo?

—Cuando alguien venda o intente vender los diamantes.

Spotter la miró de reojo.

—¿Tienes amistad con algún perista? —inquirió—. Pero, qué tontería te estoy preguntando. Debes conocer a la mitad del hampa de la ciudad, ¿no?

Melanie se puso seria.

—Era mi última operación —respondió.

—Sí, después de enviar a Farrar a la cárcel, pensabas retirarte a la vida contemplativa.

—Tengo algún dinero ahorrado...

—A costa de tus víctimas.

—Todas mis víctimas merecían haber perdido diez veces más, Dirk.

Será mejor que dejemos esta discusión sobre temas de moralidad —propuso él—. De modo que era tu última «operación».

—Sí confirmó Melanie.

—¿Qué pensabas hacer después?

—Quiero montar una *boutique*, ropa para señoras...

Spotter la miró críticamente.

—Sí, tendrá éxito —convino.

Melanie sonrió, mientras recogía las piernas bajo el cuerpo, sentada en el diván.

—Tienes material de sobra para un buen relato —dijo—. Ahora, cuéntame cosas de ti, de tus relatos negros... y de tu afición a obtener informes directamente, en lugar de adquirirlos en los libros.

—Puede ser un relato muy largo —apuntó él.

Melanie se acomodó en el diván.

—No tengo prisa —manifestó.

Con gesto tímido, pero también un tanto dramático, Denis Whitby puso un objeto que brillaba encima del mostrador y dejó que lo contemplase el hombre que estaba situado al otro lado. Lou Page estudió el brillante durante un segundo y luego se puso un anteojito de relojero, para examinarlo con más detenimiento, mientras lo sostenía con dos dedos de la mano derecha.

Al fin, se quitó el anteojito y escrutó el rostro de su visitante.

—¿Sí? —dijo.

Whitby tragó saliva.

—Tengo una docena más como éste —aseguró.

—Puedo darle dos mil...

—Cinco mil —pidió Whitby.

—Oiga, ¿usted me toma por tonto?

Whitby recuperó la piedra.

—Adiós —le dijo.

—¡Espere! —llamó Page—. ¿Dos mil quinientos?

—Cinco mil —contestó Whitby, inflexible—. Y si no piensa darme ese dinero, será mejor que dejemos de discutir. ¡Adiós!

—Por todos los diablos... No sé cómo me ha convencido usted...

—Porque le doy por cinco lo que vale diez —dijo Whitby,

asombrándose de su propia valentía—. Son trece piedras en total, lo que representan sesenta y cinco mil dólares.

—Una cuenta exacta. Venga mañana y traiga las piedras. Yo tendré preparado el dinero. Por cierto, no me ha dicho su nombré...

—No, no se lo he dicho —contestó Whitby.

Y salió de la tienda.

Page estuvo quieto unos instantes. Luego, de pronto, fue al teléfono y descolgó.

—¿McTrye? —dijo segundos después—. Oiga, acaba de salir un tipo que me ha ofrecido trece diamantes, a cinco mil dólares cada uno... ¿Qué por qué se lo digo? Bueno, apostaría el valor de los diamantes contra un rollo de papel higiénico a que son los que estaban en la caja fuerte de Farrar... Sí, casi seguro... No, al vendedor no le conozco, ni ha querido decir su nombre... Le dije que tendría el dinero mañana... Muy bien, estaré avisado... De nada, señor McTrye.

Page volvió el teléfono a su sitio, y se frotó las manos. Podía ser un buen negocio, pensó. Ganaría quizá menos, pero así tenía más seguridad. Sí, había hecho bien avisando a McTrye.

Sobre todo, porque en los últimos tiempos la presión de Farrar empezaba a hacerse insoportable y estaba deseando que alguien lo quitase de en medio. Aquélla podía ser la ocasión que esperaba desde hacía tanto tiempo.

Melanie abrió la puerta y el tableteo de la máquina de escribir cesó en el acto. Desde su sitio, en el gabinete de trabajo, Spotter miró a la joven.

—¿Sucedo algo? —preguntó.

—Te llaman al teléfono, Dirk.

—¿Quién?

—Shelley Cross. Se ha sorprendido mucho de oír mi voz, pero yo he dicho que soy tu asistente.

—No está mal pensado.

Spotter se levantó. Shelley se sentía solitaria y quería su compañía. Él se defendió, con la excusa de un relato que no acababa de encontrar la solución deseada, añadiendo que no pensaba comer ni dormir hasta haberlo terminado satisfactoriamente. «Entonces, iré y te devoraré», prometió.

—¿Eres un caníbal? —preguntó Melanie, sonriendo.

Spotter tenía la mano apoyada en el teléfono, recién vuelto a la horquilla.

—Mujer, algo tenía que decirle, ¿no?

—¿Representa mucho para ti?

Spotter demoró la respuesta unos segundos.

—Es una pregunta difícil de contestar —dijo al cabo—. Shelley es una mujer maravillosa en muchos aspectos. Pero nacimos casi al mismo tiempo y nos criamos prácticamente juntos, como hermanos... Mi padre era administrador de un gran rancho propiedad del padre de Shelley... Fue una época muy feliz de nuestra vida.

—Luego vino la separación...

—Sí, claro, los estudios, el matrimonio de ella, su viudez...

—Es muy rica.

—Mucho, Melanie.

—Es raro que no te hayas casado con ella.

—Me aceptaría de inmediato, lo sé... pero una cosa son los encuentros esporádicos, incluso por sorpresa, y otra es la convivencia a diario. Ya no somos niños de diez o doce años que se escapan para bañarse desnudos en el río. En ocasiones, Shelley resulta verdaderamente insoportable.

—Y entonces, escapas —sonrió Melanie.

Spotter hizo un gesto de aquiescencia. Fue a decir algo, pero entonces sonó el teléfono y lo levantó.

—Hola —dijo.

—Sajita —anunció alguien al otro lado del hilo—. Tengo una noticia para ti.

—El tratado de botánica.

—No, aunque quizá esto pueda servirte de rastro para ventear la presa.

—Déjate de frases hechas —refunfuñó Spotter—. ¿De qué se trata?

—Los diamantes de Farrar. Ha aparecido el vendedor.

—Ah... ¿Sabes quién es?

—Irá mañana a la tienda de Lou Page, para cerrar el trato definitivamente, es todo lo que puedo decirte.

—Y es mucho, Sajita. Gracias, hermano.

Spotter dejó el teléfono y se volvió hacia la joven.

—Han aparecido los diamantes —manifestó.
—Interesante —comentó ella—. ¿Y...?
—Mañana se cierra el trato. Sé dónde se va a hacer.
—Irás, supongo.
—Por supuesto.
—Me gustaría acompañarte, Dirk.
—No hay objeción —contestó Spotter.
Se acarició el mentón.
—¿Cómo lo habrá sabido Sajita? —murmuró.

Pero era inútil tratar de adivinar algo que era un auténtico enigma, se dijo. Ushiburo lo sabía y no solía fallar en sus informes. Sin embargo, y a pesar de su fenomenal habilidad, no había conseguido averiguar dónde estaba la famosa libreta, cuyas anotaciones, publicadas, podían hacer saltar por los aires a media ciudad.

CAPÍTULO IX

—¡Por todos los diablos!

Spotter estuvo a punto de saltar en su asiento, tras el volante del coche. Melanie, a su lado, le miró inquisitivamente.

A veinte pasos de distancia, un hombre acababa de entrar en una tienda de empeños. En aquel momento, Melanie adquirió la convicción de que había visto al actual propietario de los diamantes.

—¿Es él? —preguntó.

—Tiene que ser, no puede ser de otra manera —contestó Spotter.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el conserje de la casa donde vivía Horton. Recuerda, Hook apareció muerto en el apartamento de Horton. Se encontró el dinero robado, pero no los diamantes.

—Entonces ese hombre... también es el asesino.

—Pudiera ser. El martillo es un arma apropiada contra un hombre que está dormido, como fue el caso de Hook. El conserje de una casa, a veces, hace pequeñas reparaciones... Lo que no se me ocurre es cómo llegó a enterarse de los diamantes.

—Eso no importa ahora mucho, ¿verdad?

—No —Spotter se pellizcó el labio inferior. Hacía ya más de una hora que estaban al acecho y no acababa de tomar una decisión. ¿Debía entrar en la tienda o era mejor aguardar a que saliera Whitby?

Helen Broelant le había hablado algo del conserje, al que había saludado al entrar en el edificio. Helen comentó la insaciable curiosidad de Whitby, lo que explicaba que hubiera podido entrar en conocimiento de la existencia de los diamantes en poder de Hook. Y ahora, quería venderlos...

De pronto, Melanie lanzó una exclamación:

—¡Mira. Dirk!

Whitby salía en aquel momento, y evidentemente, no por su voluntad. Sus pies apenas si rozaban el suelo, debido a que dos fornidos sujetos lo llevaban en volandas.

—Policías —dijo Spotter.

—No —rectificó ella—. Me siguieron ayer, cuando fui a hablar con Richardson.

—Pudiste deshacerte de ellos.

—Richardson tiene muchos amigos —contestó Melanie—. ¿No piensas seguirles?

Whitby y los otros dos estaban ya dentro del coche. Spotter dio el contacto.

—Vamos a ver adónde se dirigen —murmuró.

A los pocos minutos, supo que el coche en que viajaba Whitby se disponía a abandonar la ciudad.

—¿Conoces a esos dos, Melanie?

—Walton y Lummis. El patrón es Ross McTrye, enemigo jurado de Farrar. Empiezo a figurarme por qué han secuestrado a Whitby.

—Como saben que tiene los diamantes, piensan que tiene también la libreta.

—Exacto.

Spotter meneó la cabeza.

—Compadezco a Farrar —dijo.

Melanie saltó de su asiento.

—¿Compadecer a esa víbora? —gritó.

—Piensa un poco, tonta. Farrar no tiene un solo amigo y sí cientos de enemigos, incluyéndote a ti. ¿No es para compadecer a un hombre en esa situación, aunque tenga mucho dinero y una posición muy elevada?

Ella se removió un poco.

—Sí, quizá tengas razón —admitió de mala gana.

Whitby sudaba copiosamente. Una y otra vez, había insistido acerca de sus secuestradores, para saber adónde lo llevaban y qué pensaban hacer con él. Walton y Lummis, ceñudos y hoscós, no se habían dignado contestar una sola vez a sus preguntas.

Al fin, después de dos horas, tiempo que le pareció un siglo, fue desembarcado frente a una casa de campo, situada en lo alto de una montaña, desde la que se divisaba un majestuoso panorama. Whitby

no estaba sin embargo predispuesto a admirar el paisaje. Las piernas le temblaban, de tal modo que estuvo a punto de caerse al salir del coche.

En el mismo momento, Spotter apartaba el automóvil del camino y lo situaba al otro lado de unos arbustos, a unos trescientos metros de la casa. Melanie le dirigió una mirada inquisitiva.

—Continuaremos a pie —dijo él.

—Está bien.

—Pero con cuidado.

—No te preocupes.

Mientras, Whitby, con sus secuestradores, entraba en la casa. Allí había dos hombres más.

—Aquí está el pájaro, jefe —exclamó Lummis, satisfecho.

McTrye examinó con curiosidad al sujeto, que le pareció insignificante. Pero incluso un tipo insignificante podía hacer cosas importantes, se dijo.

Gratt Walton enseñó algo, muy ufano.

—Los diamantes, jefe.

Pero McTrye no mostró una alegría excesiva ante el anuncio. Hizo un movimiento con la cabeza y dijo:

—Cliff, guárdalos tú.

—Sí, señor —contestó Vinceton.

—Zeke, sienta a ese caballero en aquel sillón —ordenó McTrye a continuación—. Tú, Gratt, átalos.

Whitby tenía ganas de llorar.

—Oiga, ¿qué van a hacer conmigo? —gimoteó, loco de pavor.

—Buscamos una libreta —declaró McTrye—. Hook la tenía y desapareció. Esa libreta está en poder del que tenía los diamantes de Hook.

—Les juro que yo no... Sólo me quedé los diamantes...

Lummis le propinó un violento empujón.

—Excusas —bufó despectivamente—. Dentro de unos minutos, cantarás como un gallo en celo, te lo aseguro.

Walton tenía ya preparada una soga y ató a Whitby, sujetándolo al sillón. Mientras, Lummis se volvía hacia McTrye.

—¿Por dónde empiezo? —consultó.

—Puedes cortarle un pedacito de la oreja izquierda —contestó McTrye fríamente—. Si después de eso no habla, ya veremos qué le

cortamos.

—El pito —dijo Walton con jovial acento.

Whitby lanzó un agudo chillido. Todo le parecía un sueño. ¿Por qué se había dejado cegar por el brillo de los diamantes?

Spotter y Melanie, agazapados al pie de la pared, contemplaban la escena, mirando por encima del antepecho de una de las ventanas.

—¿No piensas hacer algo? —dijo ella en voz baja.

Spotter enseñó sus manos.

—¿Sin armas? No estoy loco —contestó.

Era horrible ver torturar a un hombre y no poder hacer nada en su favor, pero el instinto de supervivencia jugaba fuerte en su ánimo.

Lummis sacó una navaja de resorte. La hoja chasqueó y emitió un vivo destello. Whitby la contempló como fascinado. No, no, estaba soñando, se repitió. Aquello no podía sucederle a él...

De pronto, le pareció ver el rostro ensangrentado de Hook, que se erguía en el lecho y sé reía y se burlaba de él. La visión se hizo intensísima. Hook alargó una mano y le tocó en el pecho. Whitby sintió un terrible dolor y dejó de ver a su víctima.

—Vaya, se ha desmayado —exclamó Lummis, decepcionado.

—De miedo, seguro —calculó Vinceton.

—Trae una jarra con agua —ordenó McTrye.

Walton fue a la cocina y regresó con la jarra, cuyo contenido arrojó a la cara del prisionero. Pero Whitby no reaccionó.

Walton frunció el ceño. Aquella lividez...

De pronto, asió la muñeca de Whitby y le tomó el pulso. Segundos después, se volvía hacia McTrye.

—Está muerto —dijo.

McTrye abrió la boca.

—De miedo —exclamó.

—Y eso que sólo le enseñé la navaja —se lamentó Lummis.

Melanie cambió una mirada con Spotter. El joven se puso un dedo en los labios. Ella asintió y dejó que Spotter cogiera su mano y tirase hacia la esquina de la casa. Pero, de súbito, Spotter retrocedió vivamente.

—Viene alguien —exclamó, alarmado.

—Bueno, si se ha muerto de miedo, no podrá ya decirnos lo que

nos interesaba —dijo McTrye disgustadamente.

—¿Qué haremos con el hambre, jefe? —quiso saber Lummis.

Walton lanzó un grito en el mismo instante.

—¡Viene alguien!

Dentro de la casa se produjo una súbita conmoción. Lummis, pistola en mano, corrió hacia la puerta.

Walton se situó junto a una de las ventanas. El coche que había visto segundos antes, frenaba ya ante el edificio.

—Te dije que tenían que estar aquí —exclamó Cutty Long, a la vez que se apeaba del vehículo.

Moore continuaba al volante. Lummis abría la puerta en aquel momento. Moore empezó a presentir la derrota.

Long vio la pistola en mano de Lummis y sacó la suya. Lummis disparó. Long se estremeció horriblemente, pero aún tenía fuerzas para apretar el gatillo y su bala arrojó al otro dentro de la casa. En el mismo instante, Walton hacía fuego. La cabeza de Lummis se deshizo en un repugnante estallido de sangre, huesos y masa encefálica.

Moore pisó el acelerador a fondo y giró el volante al máximo. Las ruedas despidieron chorros de gravilla al arrancar brutalmente. Walton hizo unos cuantos disparos más, pero ninguna de las balas alcanzó un blanco satisfactorio.

Spotter y la muchacha permanecían agazapados al pie de la pared. Él tenía su brazo sobre los hombros de Melanie. Habían oído el vivísimo tiroteo, aunque no pudieron ver lo ocurrido. Sin embargo, se daban cuenta de lo crítico de su situación.

—Si nos descubren... —musitó ella.

Spotter volvió la cabeza. A veinte pasos de distancia, había un grueso seto, frondoso y descuidado.

—Ven —susurró—. Nos esconderemos allí hasta que todo haya pasado.

Vinceton estaba arrodillado junto a Lummis, quien yacía de espaldas, con los brazos abiertos de par en par.

—Ese hijo de puta ha tenido buena puntería —dijo rabioso.

McTrye se pellizcaba con furia el labio inferior.

—Esto es un serio contratiempo —gruñó—. ¿Cómo diablos han podido dar con nosotros?

—Eran hombres de Farrar, no cabe duda —dijo Vinceton—.

Simplemente, saben que tiene una casa aquí y vinieron a echar una mirada.

McTrye asintió.

—Puede ser —contestó—. Cliff, tenemos tres cadáveres —añadió.

—Personalmente, opino que debemos dejar aquí los de Lummis y el pistolero de Farrar. Eso no puede comprometernos, pero en cambio, sí debemos llevarnos el cadáver de Whitby. Ya lo dejaremos en cualquier parte, muy lejos de este lugar.

McTrye se volvió hacia Walton.

—¿Has oído, Gratt?

—Sí, jefe.

Walton fue hacia el sillón y empezó a desatar a Whitby. Vinceton hizo saltar en su mano el saquito con los diamantes.

—Al menos, no lo hemos perdido todo —dijo.

—Pero no tenemos la libreta —exclamó McTrye furiosamente—. ¿Dónde estará esa maldita libreta?

Vinceton no podía contestarle. Sin embargo, concibió una idea.

—Podríamos echar un vistazo al apartamento de Whitby —sugirió.

—¿Quién irá? —quiso saber McTrye, satisfecho de la proposición.

—Yo mismo, y antes de que acabe el día —respondió Vinceton.

Minutos después, Spotter y Melanie abandonaban su escondite. Llenos de asombro, contemplaron el sangriento espectáculo de dos cuerpos que habían sido abandonados allí, uno delante de la casa y el otro en el interior.

—¿Por qué lo han hecho? —se extrañó Melanie.

—Llevarse los cadáveres o esconderlos es más comprometido que dejarlos aquí —contestó Spotter—. McTrye siempre puede alegar ignorancia, ¿comprendes?

—Falta el cuerpo de Whitby —observó ella.

—Se desharán de él lejos de este lugar. Cuando lo encuentren, no podrán relacionarlo con este tiroteo.

—Podrías avisar a la Policía —apuntó Melanie—. Aunque fuese anónimamente...

Spotter rechazó la sugerencia de inmediato.

—No serviría de nada —dijo—. Antes de doce horas, McTrye

estaría en libertad, suponiendo que fuese siquiera detenido. No, prefiero hacer otra cosa.

—¿Qué, Dirk?

—Registrar el apartamento de Whitby.

CAPÍTULO X

El hombre contempló recelosamente a la pareja que tenía ante sus ojos.

—No sé... —dijo, dubitativo.

Spotter enseñó un par de billetes de veinte dólares.

—¿Qué le parece mi permiso? —sonrió.

—Ese condenado Denis... —rezongó el conserje del edificio—. Lleva unos cuantos días muy raro... Ya tenía que haberme relevado... Mi mujer está delicada y yo no puedo esperar tanto...

Spotter no quiso decir al hombre que aunque esperase hasta el fin de sus días en aquel lugar, no volvería a ver a Whitby.

—Bueno, todo está tranquilo. Denis no tardará en volver —dijo con acento persuasivo.

El conserje le dirigió una mirada oblicua.

—¿Qué pasará si les sorprende dentro? —preguntó.

—Ya nos arreglaremos con él, no se preocupe.

—Está bien —el conserje puso una llave en las manos del joven—. Cuando se vayan, si Denis no ha vuelto, déjenla en este cajón —lo señaló con una mano—. Yo me marchó, no puedo esperar más; mi mujer es lo primero de todo.

—Sí, señor, es una bonita manera de pensar —aplaudió Spotter.

Cambió una mirada con Melanie y sonrió. Ella sonrió también.

—Vamos, encanto.

El apartamento de Whitby era el propio de un hombre de mediana edad, que ya había perdido las ilusiones y la fe en sí mismo. Spotter comprendió muy pronto cuáles habían sido los motivos del conserje. Whitby había querido huir de una existencia mediocre y sin alicientes... y había terminado muriendo literalmente de miedo.

—Empecemos a registrar —dijo después de examinar críticamente el interior de la vivienda—. Tú, a la cocina, no dejes

nada por mirar.

—Descuida, Dirk.

Spotter fue al cuarto de baño. Lo primero que hizo fue mirar en la cisterna del inodoro. La libreta, en una bolsa impermeable, podía estar allí, pero no, no había nada.

Tanteó las baldosas de las paredes. No había el menor sonido a hueco. Por otra parte, no parecía que se hubiesen levantado tampoco las del suelo. Si la libreta estaba en el apartamento, debía de encontrarse en otro lugar.

Del baño fue al dormitorio. Melanie se ocupaba de la sala. Aquellas cuatro piezas eran todo cuanto tenía el apartamento.

Spotter revisó el empapelado de las paredes. En el colchón no había señales de tela descosida y vuelta a coser. El armario no tenía huecos sospechosos y los cajones de la consola sólo contenían ropas interiores, y ninguno de ellos tenía doble fondo.

Al cabo de un buen rato, se reunió con Melanie. La joven parecía decepcionada.

—No está aquí —dijo.

—Hemos fracasado —admitió Spotter, a la vez que encendía un cigarrillo.

Melanie se lo quitó con dos dedos y aspiró el humo fuertemente. Luego dijo:

—Sospecho que nunca más encontraremos la libreta, Dirk.

—¿Por qué lo piensas así, encanto?

—No queda ni uno solo vivo, me refiero a los que intervinieron en el caso. Horton, Gullick... a Gullick se la quitó Hook, pero también está muerto, lo mismo que el que mató a Hook... pero si quieres saber lo que pienso, te diré que el rastro de la libreta se pierde en Gullick.

—¿Cómo?

—Es bien sencillo. Whitby se llevó los diamantes del apartamento de Horton, que era el que ocupaba Hook. Pero la Policía encontró los cuarenta mil dólares robados. Si hubiese encontrado la libreta, ¿no crees que la noticia ya sería pública?

—Sí, parece un razonamiento correcto...

—Nosotros íbamos a por la libreta. Gullick se la quedó, para utilizarla más adelante, con seguridad, cuando hubiese estudiado a fondo todas las posibilidades. Por el momento, no le hacía falta el

dinero; tenía cuarenta mil en billetes, para gastar de inmediato, y cien mil más en diamantes, que era como un fondo de reserva. Gullick pudo quedarse la libreta con dos perspectivas ante sí: apretar las clavijas a Farrar o utilizarla en su propio provecho. En ninguno de los dos casos tenía prisa en aprovecharse de su contenido.

—Eso que dices es muy lógico. Por tanto, debemos suponer que la libreta quedó, digamos, estancada en Gullick.

—Sí. ¿Dónde la escondió? —Melanie emitió un hondo suspiro—. Cuando podamos contestar a esta pregunta, tendremos la libreta.

—Y como ahora no podemos hallar esa respuesta, lo mejor será que nos volvamos a casa, dulzura.

Melanie le miró de reojo.

—¿Irás a ver a Shelley? —preguntó.

—Esta noche no, al menos. Mañana...

En aquel instante se oyó un ligero chasquido.

Spotter y Melanie volvieron los ojos hacia la puerta. El picaporte giraba muy lentamente, movido por una mano desconocida.

El brazo de Spotter asió la cintura de Melanie con gesto fulgurante y tiró de ella hacia la pared. Situados junto a la puerta, la vieron girar poco a poco, en completo silencio.

Una cabeza asomó instantes después.

—Paso libre, jefe —dijo Gratt Walton.

Walton dio un paso, dos... Vinceton seguía a continuación. Una vez hubo cruzado el umbral, se volvió para cerrar la puerta y entonces fue cuando divisó a la pareja que estaba pegada a la pared.

—¡Gratt! —barbotó.

Walton se volvió. Antes de que pudiera hacer nada, Spotter se había lanzado hacia adelante, de un salto, con las manos extendidas.

Era alto, fornido, y pesaba casi noventa kilos. El empujón hizo retroceder violentamente a Vinceton, quien chocó contra Walton, que ya se disponía a sacar su pistola. Los dos hombres rodaron por el suelo, en confuso revoltijo de brazos y piernas, del que brotaban coléricas imprecaciones.

Spotter no quiso ver más. Agarró la mano de Melanie y tiró de ella.

—Larguémonos —exclamó.

Pero conservó la serenidad suficiente para cerrar la puerta con doble vuelta de llave. Los dos intrusos conseguirían escapar, aunque tardarían en abrir la puerta y ello les permitiría eludir la más que lógica persecución.

—Era Vinceton, el secretario de McTrye —dijo Melanie, mientras descendían las escaleras a saltos.

—Vinceton, ¿eh?

Spotter concibió una idea en aquel instante. Un minuto después, ya en la calle, entraba en una cabina telefónica.

—¿Policía? Soy Denis Whitby, conserje del edificio número dos mil ciento veintidós de la calle Broxlane... Vengan pronto; dos ladrones han entrado en mi apartamento y he podido encerrarlos con llave... ¿Qué cuál es el apartamento? Ah, el doce F... Gracias, telefonista...

Spotter tuvo la inmensa satisfacción de ver, pocos minutos más tarde, a los dos policías que se llevaban esposados a Vinceton y a Walton.

—No estarán mucho tiempo encerrados —calculó Melanie.

—Pero nosotros nos estamos divirtiendo, ¿o no?

—Nos divertiremos más cuando encuentre la libreta —dijo ella hoscamente—. No duermo pensando dónde puede estar...

Spotter no dijo nada, pero cuando ya estaban frente a su casa, sacó la llave y se la entregó a la joven.

—¿Te marchas?

—Sí.

—A casa de Shelley.

—Justamente.

—Te atrae más de lo que quieres admitir...

—No es eso solo. Y no sería tampoco suficiente, si tú no estuvieses obsesionada por una estúpida venganza.

—¡Dirk! —se sulfuró ella.

—Ya le diste un buen susto a Farrar. Ha perdido cuarenta mil dólares y los diamantes... Bueno, recobró el dinero... pero ese hombre no debe vivir ahora, pensando en quién tendrá la libreta. ¿No te parece que es bastante pensar en sus agonías, para considerarte vengada?

Melanie se mordió los labios.

—Tu padre no murió en la cárcel, como el mío —dijo con voz

tensa.

—No. Gracias a Dios, aún vive... pero no se puede vivir pensando exclusivamente en el pasado. No seas mujer de Lot, Melanie; o acabarás convertida en estatua de sal. Si es que conoces la Biblia.

—La conozco —contestó ella secamente. Se apeó con brusquedad y echó a andar hacia la casa, muy erguida, sin volver la cabeza ni una sola vez.

Spotter sonrió para sí. Pisó el acelerador y se fue a ver a su amigo Ushiburo.

—Tienes una habitación para huéspedes —dijo.

Ushiburo le miró de reojo.

—¿En qué jaleo te has metido, Dirk?

—Quiero que una mujer piense que estoy refocilándome con otra.

—Ya... Oye, puedes ir a... refocilarte y... obtendrás el mismo resultado, más... más el refocile... —rió el japonés estruendosamente.

Spotter rió también.

—En serio, estoy cansado y sólo quiero dormir —manifestó.

—Muy bien, te dejaré el cuarto de huéspedes —accedió Ushiburo.

Alvin Farrar comprobó que el habano tirana satisfactoriamente, pegó un par de chupadas mes, expulsó el humo con delectación y luego se volvió hacia Moore.

—De modo que estaban en la cabaña de Skyview Hill —dijo.

—Sí. Se nos ocurrió ver qué podíamos encontrar allí... y nos recibieron a tiros. El pobre Cutty se quedó en la montaña. Yo tuve suerte de escapar...

Farrar se volvió hacia Benson.

—Travis, ahora más que nunca tengo la seguridad de que McTrye tiene algo que ver con mis problemas —dijo.

—Esos problemas podrían suprimirse fácilmente, jefe —apuntó Benson con torcida sonrisa.

—No, no quiero llegar todavía a esos extremos. Pero si McTrye está relacionado con el caso... podría tener la libreta en su poder.

—Parece lógico, en efecto —admitió el otro.

—Y si la tiene, está bien guardada.

—Las cajas fuertes se pueden abrir, jefe.

—¿Qué especialista me recomendarías, Travis? —consultó Farrar.

Benson dio un par de nombres. Farrar los rechazó de plano.

—No son de confianza —dijo.

—Entonces, sólo nos queda una persona.

—¿Quién?

—Manos de Oro, jefe.

Farrar entornó los ojos.

—La hija de...

—Sí, la misma.

—¿Puedes localizarla?

—Lo intentaré.

—Debe de estar escondida en alguna parte. Pon a trabajar a todos tus soplones. Anuncia una prima de mil dólares para el que señale su escondite.

—Entendido, jefe.

Farrar se volvió hacia Moore.

—Eso va también para ti —dijo—. Puedes llamar a Benny Bachs para que trabaje a tu lado.

—Sí, señor.

—Quiero a esa chica. Ella fue la que me desvalijó mi caja fuerte, y, por todos los diablos, le haré que me repare la canallada que cometió conmigo.

—Jefe, supongamos que se localiza, pero que no quiere actuar —dijo Benson—. Entonces...

—Entonces, tengo a Kurt *el Monstruo*. Kurt la hará cambiar de opinión.

Benson sonrió torcidamente.

—Kurt haría que una veleta apuntase al Sur, soplando viento Norte —dijo.

—Exactamente eso es lo que hará con la prójima si se niega a colaborar —aseguró Farrar.

CAPÍTULO XI

Estuvo todo el día fuera y volvió al atardecer, con una bolsa de lona en las manos. Ushiburo le miró de reojo.

—¿Piensas tomar mi cuarto de huéspedes como alojamiento definitivo? —preguntó.

—Sólo unos cuantos días —respondió Spotter—. Confío en que no te moleste demasiado.

—No me molesta, pero me fastidia. ¿Qué dice ella?

—Nada. Se calla.

—Vaya pareja... A ti te gusta, ¿verdad?

—Sajita, no te metas en honduras —refunfuñó el joven.

—Me pregunto qué pasaría si un día se llegase a saber que la señora Spotter había sido en tiempos Manos de Oro —dijo el japonés, zumbón.

—No vamos a casarnos, así que las especulaciones no tienen sentido. Simplemente, no quiero que me esté mirando todo el rato con ojos de reproche. A ella qué le importa si yo voy con una o con otra, ¿eh?

—No lo sé. Pregúntaselo a Manos de Oro.

Spotter emitió un bufido y se encaminó en busca de su alojamiento. Al día siguiente volvió a salir y permaneció fuera hasta el atardecer. Entonces, Ushiburo le hizo una seña, y tras dejar en el mostrador a un ayudante, lo condujo a su despacho privado.

—Tengo noticias para ti —dijo.

—Habla —pidió Spotter.

—Farrar la está buscando.

—Ya me lo imaginaba...

—En esta ocasión, es distinto. Farrar ha movilizado a todos sus confidentes. Pagará mil dólares al que la localice.

Spotter frunció el ceño. La noticia, en efecto, era preocupante. Significaba, sencillamente, que Melanie tenía ahora frente a sí a

todo el hampa de la ciudad.

—Iré a sacarla de mi casa —decidió.

—Bien pensado, Dirk, te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias.

—Y cuídala mucho, se lo merece.

Spotter se volvió desde la puerta y sonrió.

—¿Verdad que sí? —dijo alegremente.

Sonó el teléfono. Travis Benson lo separó de la horquilla se lo puso en la oreja.

—Benson —dijo.

—Soy Mick el Rana. He localizado a la prójima.

Benson se puso rígido en el acto.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Se lo enseñaré cuando venga al cruce de Mesilla Boulevard con la Tercera. Traiga los mil pavos convenidos y se la pondré en las manos.

—Mick, espero que no me engañes —dijo Benson—. Por tu propio bien.

—¿Me toma por loco? —rió el confidente.

Sonó un click. Benson dejó el teléfono en su sitio y abrió el cajón derecho de la mesa. Había un buen fajo de billetes, de los que separó diez de cien. Luego se puso en pie.

Cuando salía de la casa, se tropezó con Moore y su nuevo compañero.

—Seguidme —ordenó—. Ya la han localizado.

Moore y Bachs echaron a andar sin rechistar. El propio Benson conducía el automóvil. Estaba tan interesado como su jefe en la recuperación de la libreta. Si no se conseguía, si su contenido se hacía público... Farrar había construido un edificio muy sólido, pero cuyo derrumbamiento envolvería con sus escombros a infinidad de personas, él uno de los primeros.

Mick «el Rana» estaba aguardando en el lugar convenido. Benson saltó al suelo.

—Esto es una zona residencial —dijo—. Tú no sueles moverte por aquí, Mick.

—Estaba estudiando una casa qué me ha parecido interesante, para entrar en ella cuando los dueños estén de vacaciones —contestó el Rana con toda desfachatez—. Entonces la vi a ella salir a

regar las flores del jardín.

—Regando las flores, ¿eh? ¿Cuál es el jardín?

El Rana tendió la mano. Benson le entregó los mil dólares.

—Aquella casa de tejado de pizarra y dos plantas —señaló el hampón—. Hay un cedro a la derecha de la puerta... ¿Lo ve?

—Sí.

—Ella está ahora en casa. La he visto mirar por la ventana, como si esperase a alguien...

—Mick, lárgate —ordenó Benson—. Y si estimas en algo tu pellejo, olvida todo esto, ¿entendido?

—Ya lo he olvidado.

El Rana se marchó. Entonces, Benson hizo una señal con la mano y sus secuaces abandonaron el coche.

—Está en aquella casa —dijo—. Esperaré delante de la entrada, con el coche en marcha.

—De acuerdo —contestó Moore—. Vamos, tú.

Los dos hombres, ya de noche, se encaminaron con paso resuelto hacia la residencia donde estaba Melanie West.

Spotter llegó un cuarto de hora más tarde.

—¡Melanie! —gritó desde el umbral.

Casi en el acto, vio una silla volcada y los restos de un jarrón, derribado desde una consola. No había habido mucha lucha, pero aquellas señales eran hartó significativas. Farrar había conseguido sus propósitos.

Lo peor de todo era pensar en las posibles torturas que podía sufrir Melanie. Farrar le pediría la libreta y...

Ushiburo adivinó por la expresión de su rostro que el aviso había llegado demasiado tarde.

—Farrar se te anticipó —dijo.

Spotter asintió, mientras se encaramaba en el taburete.

—Ponme un doble —pidió.

—Está bien.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ushiburo dijo:

—Farrar le pedirá la libreta.

—Pero ella no la tiene, Sajita.

—Si no la cree, lo pasará mal.

—¿Es Farrar capaz de torturar a una mujer?

Ushiburo empezó a limpiar un vaso con la ayuda de un paño.

—Es capaz de todo —contestó—. Pero se me está ocurriendo algo...

—A ver —dijo Spotter esperanzadamente.

El japonés se acodó en el mostrador y bajó la voz.

—McTrye anda en busca de la libreta.

—Sí, es cierto.

—Y Farrar lo sabe.

—Hombre, hubo una pequeña batalla, con dos bajas, una por cada bando.

—Lo recuerdo —dijo Ushiburo—. Repito que puede ser una posibilidad, claro... pero imagínate que Farrar haya buscado a la chica por otros motivos diferentes.

—No entiendo cuáles pueden ser, Sajita.

—¿Y si Farrar piensa que McTrye ha conseguido la libreta?

Spotter entrecerró los ojos.

—Quieres decir que McTrye tiene...

—No, no; yo no digo que la tenga, sino que Farrar puede pensar que sí la tiene.

—Bien, ¿y qué pasará entonces?

—Pues que Melanie es la persona adecuada para abrir la caja fuerte de McTrye.

Spotter pareció concentrarse durante unos instantes en aquella posibilidad.

—Y si fuese así...

—Entonces, Farrar iría con Melanie a la residencia de McTrye y le haría abrir la caja fuerte.

—McTrye puede oponerse.

—Farrar le dirá que se esté quieto; no irá solo, lógicamente.

De nuevo hubo otra pausa de silencio. Luego, Spotter dijo:

—Si Farrar tiene esas intenciones, actuará rápido... esta misma noche, quizá.

—Farrar no puede correr ya demasiados riesgos. Tiene que actuar cuanto antes. La pérdida de esa libreta le ha puesto muy nervioso. Antes del amanecer, habrá resuelto el problema... en un sentido u otro.

Spotter consultó el reloj. Eran las diez y cuarto de la noche. Hasta el amanecer, quedaban unas ocho horas.

—Sajita, ¿puedes decirme tú como es por dentro, más o menos,

la residencia de McTrye?

—Creo que sí, Dirk —sonrió Ushiburo.

—Yo no tengo la libreta —dijo Melanie, ya recobrada, después de los momentos amargos transcurridos hasta su llegada a casa de Farrar.

—Lo sé —dijo Farrar placenteramente, recostado en su sillón de cuero—. Tú no tienes la libreta. De lo contrario, ya estaría en manos de la Policía.

—Sí, seguro.

—No me guardas ninguna simpatía, ¿verdad?

—Le detesto...

Farrar se echó a reír.

—Eres una muchacha encantadora —dijo—. Si fueses otra, te propondría irte a la cama conmigo. Me gustaría... «probarte». Tu expresión es de hielo, pero por dentro debes de ser brasa viva.

Moore puso los ojos en blanco.

—Tiene unas tetas fantásticas, jefe —dijo—. Yo sé las vi...

Melanie se volvió de repente y golpeó a Moore con la mano. El sujeto vaciló y estuvo a punto de caer, mientras los demás reían fuertemente.

—Bueno, bueno, un poco de seriedad —pidió Farrar—. Sí, se ve que debe tener unos pechos preciosos. Pero ahora nos interesan más sus manos. ¿Lo entiendes, Melanie?

La joven se puso completamente rígida.

—¿Qué me va a proponer? —preguntó.

—Lo que haya en la caja fuerte y que no sea la libreta, para ti. Es una caja fuerte que suele estar bien provista.

—¿Quiere que abra...?

—Sí —confirmó Farrar.

Melanie cruzó los brazos bajo el seno.

—No —decidió.

Farrar no se inmutó.

—Pronto cambiarás de opinión —aseguró.

De súbito, Moore y Bachs se arrojaron sobre la joven y la llevaron en volandas fuera del despacho. Antes de que pudiera comprender lo que sucedía, Melanie se encontró en un cuarto, situado en el sótano, sin ventilación alguna y con un camastro como todo mobiliario.

—¿Piensan matarme de hambre y de sed? —preguntó.

Desde la puerta, Farrar señaló un interruptor.

—Dentro de unos minutos, accederás a abrir la caja fuerte de McTrye. Cuando cambies de modo de pensar, aprieta ese botón.

Ya no dijo más. La puerta se cerró de golpe y Melanie se quedó sola, muy asustada y llena de aprensiones por su futuro. Empezó a reprocharse a sí misma su comportamiento con Spotter. A fin de cuentas, Spotter no tenía ninguna obligación con ella, y de una forma por completo desinteresada, la había estado ayudando y hasta le había salvado la vida.

Las cosas hubieran resultado de un modo muy diferente si no se hubiese mostrado tan arisca con Spotter, admitió amargamente, en el momento en que se abría la puerta de su encierro.

Un hombre entró y la miró sonriendo. Al verlo, Melanie sintió que se le helaba la sangre en las venas. Y, en el mismo instante, comprendió de qué medio se valía Farrar para obligarla a acceder a sus deseos.

Era un gigante, de más de dos metros de altura, con el cráneo completamente rapado y una expresión de cretinismo en su rostro que hacía ver en el acto su deficiencia mental, al menos en algunos aspectos. El torso, espantosamente velludo, parecía un barril, los brazos eran como ramas nudosas y también, al igual que las manos, estaban cubiertos de vello. La nariz apenas si existía y los ojos eran muy pequeños, como bolitas de acero en sus cuencas.

El gigantesco individuo la miró, sonriendo de un modo muy particular. Salvo un pequeño «*slip*», estaba completamente desnudo.

—Me han dicho que encontraría aquí una chica muy guapa, que está deseando complacerme —dijo con voz babeante—. Soy muy bueno, te lo aseguro; pienso hacerte disfrutar mucho.

Melanie creía soñar. En manos de aquel individuo sería como una frágil ramita de árbol. No podría resistirse.

El gigante se quitó el *slip*.

—Anda, desnúdate —dijo—. Estas cosas se hacen mejor sin ropa.

Melanie calló un momento. Luego, bruscamente, corrió hacia la puerta y apretó el timbre con gestos frenéticos. Casi en el mismo instante, una mano se apoyó en su hombro.

—Si no te quitas tú la ropa, te la quitaré yo...

La puerta se abrió en aquel instante. Melanie exhaló un hondo

suspiro de alivio.

—¡Atrás, Kurt! —ordenó Farrar.

—Pero jefe, usted me dijo...

—Luego te traeré otra más guapa todavía —Farrar sonrió—. Sabía que no podrías resistirlo, encanto.

Melanie hizo un gesto negativo.

—Abriré la caja fuerte —prometió.

Farrar la agarró por un brazo y la empujó cortésmente hacia la escalera.

—Ahora tomarás un poco de café —dijo—. Si prefieres otra cosa, para tranquilizarte, puedes pedirlo sin remilgos.

—Café, es suficiente —respondió ella.

Momentos después, llegaban al despacho. Farrar le ofreció un asiento.

—Ahora traerán el café —sonrió—. ¿Un cigarrillo?

Melanie lo aceptó con mano temblorosa. Se preguntó qué haría Spotter en aquellos momentos. Si se hubiese portado con él de otra forma...

—¿Es amigo tuyo el dueño de la casa dónde estabas? —preguntó Farrar, al acercarle el encendedor.

—Un buen amigo, en efecto —contestó Melanie—. Pero está completamente ajeno a todo lo que ha sucedido.

—No pienso mezclarlo en absoluto —declaró Farrar—. Con recuperar la libreta tengo más que suficiente. Aunque es posible que los diamantes estén también allí. Eso queda fuera del trato, ¿entendido?

—Le abriré la caja, es todo lo que pienso hacer. No quiero nada de lo que pueda haber en su interior —respondió Melanie firmemente.

—Eso ya es cuenta tuya —dijo Farrar con frialdad.

CAPÍTULO XII

Lex Moore en persona se encargó de abrir la puerta. Una vez estuvo el paso libre, pero antes de entrar, asomó un poco la cabeza y escuchó con todo cuidado.

Luego se volvió hacia los que le seguían.

—Duermen —informó, escueto.

Farrar movió una mano.

—Está bien, ya sabéis lo que se ha de hacer. ¡En marcha!

Moore y Bachs, pistola en mano, penetraron en el edificio y se dirigieron a la primera planta. Mientras, Farrar, Benson y Melanie se encaminaban hacia el despacho de McTrye.

Paso a paso, Moore llegó ante la puerta de un dormitorio y puso la mano sobre el picaporte. Con la pistola señaló otra de las puertas.

Bachs hizo un gesto de aquiescencia y se situó en el lugar indicado. Los dos hampones cambiaron una mirada de inteligencia. De pronto, Moore abrió con brusquedad y se precipitó en el dormitorio.

Bachs hizo lo mismo. Al dar la luz un hombre, sobresaltado, se sentó en la cama.

—No hagas ruido o te vuelo los sesos —amenazó Bachs.

Cliff Vinceton tragó saliva. Lentamente, alzó las manos, sin comprender muy bien cómo habían podido ser sorprendidos tan estúpidamente.

En el otro dormitorio, McTrye, completamente desnudo, estaba abrazado a una rubia de formas opulentas. Moore contempló el espectáculo un instante y luego, con la mano izquierda, arreó un fenomenal pellizco en una de las desnudas nalgas de la mujer.

Sonó un agudo chillido. McTrye se despertó. Moore le puso el cañón a medio palmo de la nariz.

—Quietecito o te abraso.

McTrye apretó los labios. A su lado, la rubia empezó a

lloriquear.

—Pero ¿qué está pasando, Ross? ¿Qué hace este horrible sujeto aquí, en el dormitorio?

—Cállate, estúpida —dijo McTrye de mal talante—. Eres Lex Moore, me parece.

—Sí —admitió el aludido con acento placentero.

—Entonces, estás aquí por orden de Farrar.

—Bueno...

McTrye empezó a pensar y llegó muy pronto a una conclusión.

—Farrar está aquí —adivinó.

—Lo único que le importa es una cosa —dijo Lex Moore—. Mire esta pistola. Si aprieto el gatillo, mata, ¿eh?

McTrye hizo un gesto de asentimiento. Él tenía una pistola bajo la almohada, costumbre adquirida hacía muchos años y que no había abandonado jamás. Todo consistía en esperar el momento adecuado para poder sacar el arma y descerrajar un tiro al sujeto que tenía frente a sí.

En la mesilla de noche tenía tabaco y fósforos.

—¿Puedo fumar, al menos? —consultó.

Moore avanzó unos pasos y abrió el cajón de la mesilla. Al verlo vacío, cogió el tabaco y los fósforos y se los lanzó al dueño de la casa.

—Dele uno a la chica —rió—. Lo está necesitando.

Melanie se echó aliento en las yemas de los dedos y empezó a hacer girar la rueda de la combinación de la caja fuerte. «Dirk, Dirk, ¿dónde estás?», pensó desesperadamente.

Spotter había tenido razón. La venganza no resolvía ninguno de sus problemas. Daba un poco de placer al principio, pero se pasaba pronto... y no se recibía ningún beneficio.

Todo lo contrario. No se fiaba de Farrar. Quizá luego le tendería una trampa, para aparecer como una ladrona, pillada con las manos en la masa... eso en el mejor de los casos, porque también cabía la posibilidad de que Farrar se decidiese por la seguridad total y le cerrase la boca para siempre.

De pronto se oyó un ruidito y, furiosa, se volvió hacia los dos hombres que aguardaban a dos pasos de distancia.

—¿Quieren estarse quietos? —exclamó—. Si nos permiten que me concentre no podré hacer nada...

—Estamos quietos —se defendió Farrar.

—Tú estás un poco nerviosa —dijo Benson—. Tranquilízate, el dueño de la casa y su compinche han quedado fuera de combate. No nos molestarán, te lo aseguro.

—Me gustaría saber por qué no le piden a McTrye la combinación de la caja —dijo la muchacha—. Resultaría más fácil...

—McTrye es un tipo duro y a él no podemos echarle el Monstruo —rió Farrar.

—No le gustan los hombres —añadió Benson, muy divertido.

—Bueno, cállense de una vez, por favor —pidió Melanie crispadamente.

Estaba arrodillada junto a la caja fuerte. Tenía un oído finísimo y no se podía engañar. Alguien había restregado los pies contra el suelo unos segundos antes. Farrar y Benson se habían declarado inocentes del ruido. Entonces, ¿quién había sido?

Un tanto aprensiva, desvió ligeramente la mirada. La caja fuerte estaba a dos pasos de una gran ventana, oculta casi por completo por unos espesos cortinajes. Aquello que asomaba por debajo, ¿no era la puntera de un zapato?

El corazón le latió con tremenda violencia. ¿Quién estaba allí? ¿Qué hacía? ¿Qué pretendía?

Procuró concentrarse de nuevo. No, Dirk no era. ¿Cómo podía saber que estaba en casa de McTrye?

Pasados unos minutos, oyó un «click» significativo. Inspiró con fuerza, asió la manija y la hizo girar resueltamente. Luego dio un tirón hacia sí y la caja quedó abierta.

—¡Al fin! —exclamó Farrar.

Ávidamente, se abalanzó hacia la caja, junto con Benson. Melanie, ya en pie, empezó a retroceder lentamente hacia la ventana. Si pudiera escapar, pensó. Ahora, los dos sujetos estarían entretenidos y...

Su espalda rozó los cortinajes. De repente, una mano le tapó la boca.

En el mismo momento, se oyó un estampido de arma de fuego en el primer piso.

La rubia se levantó de la cama.

—Eh, ¿adónde vas tú? —preguntó Moore de mal talante.

—Tengo ganas de mear —contestó ella desenfadadamente.

Moore soltó una risita.

—Dicen que el miedo da ganas de mear, pero yo no quiero darte miedo, encanto —dijo.

—Tu pistola me pone frenética —declaró la rubia, a la vez que se alejaba hacia el cuarto de baño, con provocativos movimientos de caderas.

Los ojos de Moore recorrieron codiciosos las rotundas curvas de la rubia. De pronto, vio a su derecha un movimiento y se volvió.

McTrye hacía fuego en aquel instante. Moore disparó a su vez, por un movimiento reflejo, pero ya tenía atravesado el cráneo.

McTrye aulló, al caer de espaldas en la cama, con el pecho perforado por el proyectil.

En el otro dormitorio, Bachs se alarmó y empezó a retroceder, sin dejar de apuntar a Vinceton.

—No te muevas —ordenó.

Salió de la habitación y corrió hacia el otro dormitorio. McTrye, gravemente herido, no había perdido sin embargo el conocimiento y aún tenía la pistola en la mano.

Cuando la puerta se abrió, hizo fuego. Bachs apenas si tuvo tiempo de ver a su compinche caído de bruces en el suelo.

El primer proyectil de McTrye le alcanzó en un hombro. Bachs disparó, pero erró el blanco y su proyectil hizo volar en pedazos el cristal de una lámpara de noche.

En el cuarto de baño, la rubia, aterrada, se encomendaba a todos los santos de su devoción, cubriéndose la cabeza con una toalla a modo de casco de combate contra las balas que volaban en el dormitorio. McTrye disparó de nuevo y esta vez el proyectil se clavó en el estómago de Bachs, quien se arrodilló, con el pánico reflejado en sus ojos. Aun así, quiso levantar la mano armada, pero un repentino espasmo de dolor le hizo caer de lado, emitiendo desgarradores gemidos en petición de socorro.

Melanie se sentía aturdida. Sin saber muy bien lo que sucedía, notó que era arrastrada hacia la ventana, a través de la cual pasó poco menos que en volandas. Luego, mientras arriba, en la casa, proseguían los disparos, alguien asió su mano y tiró de ella.

—¡A correr! —ordenó Spotter.

No era necesaria la menor recomendación en ese sentido, para una persona llena de terror.

En la casa no se habían dado cuenta de ello. Farrar estaba registrando el interior de la caja, cuando sonó el primer disparo. Sacó dinero, papeles, documentos, y arrojó todo a los lados, con gesto frenético, maldiciendo obscenamente. Porque un oscuro instinto le decía que estaba perdiendo el tiempo. A su lado, Benson estaba también muy nervioso.

—¿Aún no termina, jefe? —preguntó.

—Ya falta poco...

Sonaron más disparos. Benson decidió que ya tenía bastante.

—Yo me voy —dijo.

Y echó a correr.

Farrar lanzó un último vistazo a la caja fuerte. No, allí no estaba la maldita libreta. Le gustase o no, era hora de emprender la retirada. Luego, si alguno de sus secuaces estaba herido, tendría que afrontar muchos problemas con la policía...

Vinceton había salido de su dormitorio y estaba atónito en la puerta de su jefe, contemplando el inaudito espectáculo de tres hombres bañados en su propia sangre.

—Llama a un médico... —jadeó McTrye.

—Sí, ahora mismo...

De pronto, se oyó un ruido en el vestíbulo. Vinceton dio media vuelta y corrió hacia la barandilla.

Alguien cruzaba el vestíbulo en aquel momento. Sin pensárselo dos veces, Vinceton hizo fuego con su pistola.

Farrar estaba ya a punto de alcanzar la puerta. Oyó el disparo y en el mismo instante sintió un terrible dolor en la pierna derecha. Cayó al suelo, aullando frenéticamente, porque se daba cuenta de que el proyectil le había roto un hueso.

Fuera se oyó el sonido de un motor que arrancaba a toda velocidad. Farrar maldijo mil veces a su secretario y hombre de confianza, que escapaba de aquel lugar, dejándolo abandonado a su suerte.

—Todavía no acabo de entender cómo pudiste aparecer tan oportunamente —dijo Melanie, cuando ya el coche de Spotter había emprendido el camino de vuelta.

—Es bien sencillo —explicó él—. Pude darme cuenta de que te habían secuestrado y me imaginé quién lo había hecho, ya que sabía que Farrar ofrecía mil dólares al que te encontrase. Imagino

que uno de sus innumerables soplones te vio.

—Estuve arreglando el jardín —dijo la muchacha.

—Entonces, no se hable más. Bien, primero pensamos...

—¿Quiénes, Dirk?

—Sajita y yo, claro. Primero pensamos que Farrar te iba a torturar, para que le entregases la libreta. Pero luego nos dimos cuenta de que eran otras sus intenciones. Si tú hubieses tenido la libreta, ya la habrías hecho llegar a la Policía, ¿no es así?

Melanie asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Evidentemente —contestó.

—Bien, en tal caso, y recordando los sucesos de Skyview Hill, no había más que otra posibilidad: Farrar te necesitaba para abrir la caja fuerte de McTrye. Una vez hubimos llegado a esa conclusión, yo me aposté en las intermediaciones de la residencia de Farrar y aguardé a que salieras con todos ellos. Entonces, conociendo tu destino, me adelanté y esperé allí, escondido tras las cortinas.

—Estuvieron a punto de verte, uno de tus zapatos asomaba por debajo.

—Ellos estaban más atentos a la caja fuerte —rió Spotter—. Ah, y ahora vendrás conmigo a la cama.

—¿Cómo? ¿Es que piensas que pague así...?

—No, mujer, pero pienso que alguno de los que han tomado parte en el jaleo de esta noche puede mencionar tu nombre. Y como saben que estás en mi casa...

—Entiendo. Quieres que nos pillen en la cama.

—Oh, por lo menos, darlo a entender de forma irrefutable, para poder probar tu coartada. Me creerán a mí, antes que a ninguno de ellos, tengo una reputación intachable.

Melanie suspiró.

—Ventajas de la vida honrada —dijo.

—Será la tuya, a partir de este momento —afirmó Spotter rotundamente.

—Sí, te lo prometo —contestó Melanie—. Pero... la libreta... no ha aparecido...

—Farrar y McTrye se van a ver en muchos apuros para salir del conflicto que les planteará el tiroteo de esta noche. La libreta no debe importarnos ya en absoluto.

A las ocho y media de la mañana llamaron a la puerta. Melanie,

sin peinar, en bata, abrió y se encontró delante a un fornido sargento de Policía.

Spotter, en pijama, le saludó desde el interior.

—¡Sargento Foxley! —dijo—. ¿Puedo serle útil en algo?

Foxley miró a la joven, cuyo rostro aparecía limpio de todo maquillaje, y apreció el desorden de sus cabellos. Spotter también estaba muy despeinado y sonrió.

—Ha estado aquí toda la noche —dijo al cabo.

—Sí —confirmó Spotter.

Foxley se llevó dos dedos a la visera de su gorra de uniforme.

—Eso era todo lo que necesitaba saber —se despidió.

—Necesitaría algo de ropa —dijo Melanie aquella tarde—. Todo lo tengo en mi apartamento...

—Te acompañaré —se ofreció Spotter—. Bueno, y si quieres quedarte allí... A fin de cuentas, es tu casa.

—Tú volverás con Shelley Cross.

—No. Pienso pedir que te cases conmigo.

Melanie se enterneció.

—Oh, Dirk, no puedes hablar en serio...

Spotter la atrajo contra su pecho.

—Cuando te vi por primera vez, antes de robar el coche de Shelley, pensé que si un día encontraba una mujer como tú, me casaría con ella sin vacilar. Y puesto que tú eres el ejemplo perfecto, ¿para qué buscar otra?

—Me llaman Manos de Oro... —gimoteó Melanie.

—A lo mejor es porque sabes hacer maravillas con los guisos.

—La cocina no se me da mal, en efecto.

Spotter sacó un pañuelo y le limpió las lágrimas.

—Anda, termina de arreglarte —dijo—. Discutiremos el asunto por el camino.

—Y luego iremos a celebrarlo en casa de tu amigo Sajita.

—Le gustará saber que vamos a casarnos, en efecto —sonrió el joven.

Media hora más tarde, Spotter y Melanie entraban en el apartamento. Ella se dirigió de inmediato al dormitorio, donde estaba el armario ropero.

Spotter quedó en la sala. Encendió un cigarrillo y luego contempló la decoración con aire distraído. De pronto, reparó en un

cuadro que no estaba completamente horizontal. Spotter poseía un alto sentido de la estética y el cuadro torcido le desagradó en el acto.

Con el pitillo en los labios, se acercó a la pared y estiró los brazos para poner el cuadro en su posición correcta. Al moverlo, algo se escurrió por detrás y cayó al suelo.

Spotter, todavía con las manos en el cuadro, bajó la vista. Vio aquel objeto y lanzó un chillido.

Melanie se asustó.

—¡Dirk! ¿Qué ocurre?

Estaba llenando una maleta con ropa y corrió a la sala. Al llegar a la puerta del dormitorio, vio a Spotter que sostenía en alto una libreta con tapas negras.

—¡Dios mío! —Melanie se puso ambas manos en las mejillas—. ¡La libreta de Farrar!

—Estaba detrás de ese cuadro. Gullick debió esconderla aquí pensando que era el mejor sitio, puesto que tú no habías tomado parte en el robo. Y la verdad es que tenía razón, porque a nadie se le ocurrió buscarla en esta casa.

—Esa libreta ha costado mucha sangre, Dirk.

—Losé. ¿Qué hacemos, Melanie?

—En esta ciudad, hay mucha gente oprimida por la organización de Farrar —respondió la joven—. Las personas decentes se alegrarán de que lo metan en la cárcel.

—Ya lo está, aunque todavía siga en el hospital.

—Pero su condena será muy leve. Lo ocurrido en casa de McTrye se puede interpretar de muchas maneras. Además, no robó nada ni disparó contra ninguna persona... Saldrá bien librado, créeme.

—Entonces, entregaremos la libreta al fiscal.

—Envíasela anónimamente —aconsejó Melanie.

—No, no lo haré. Me gusta ser responsable de mis actos, dar la cara, en suma.

Alvin Farrar estaba en la cama, con la pierna derecha enyesada y suspendida del aparato de tensores. Adormilado, no se dio cuenta de que alguien había entrado en la habitación hasta que sintió que le tocaban un brazo.

—Hola —dijo Spotter sonriendo—. Ella quiere decirle algo,

Farrar.

Los ojos del paciente contemplaron sucesivamente a la pareja.

—Escapaste —dijo rabioso—. Luego te buscaste una coartada falsa...

—¿Quién probará que no era verdadera? —sonrió Melanie—. ¿A quién creerán mejor, a usted o al señor Spotter?

—Ventajas de la buena fama —dijo Spotter plácidamente—. Pero tenías que contarle algo al señor Farrar, querida.

—Oh, sí, lo había olvidado... Soy tan distraída... Quizá es que voy a casarme.

—Nena, al señor Farrar no le interesa tu vida privada. Díselo de una vez, anda —insistió Spotter.

—Bueno, pues ya es hora de que lo suelte. Farrar, hace una media hora escasa que mi futuro esposo ha dejado su libreta en la mesa del fiscal.

La cara de Farrar estaba blanca, pero se puso gris al oír aquellas palabras.

—¡No! ¡Mientes! —rugió.

Alguien tocó con los nudillos en la puerta. Dos hombres, vestidos de paisano, entraron en la habitación.

—Soy el teniente Mahler —se presentó uno de ellos—. Mi ayudante, el sargento Williams. Nos envía personalmente el fiscal del distrito.

Spotter miró a Farrar y sonrió.

—Le dejamos con estos caballeros —se despidió—. Seguramente tendrán mucho que hablar y no deseamos ser un estorbo. ¿Vamos, querida?

—Sí, cariño.

Farrar contempló las facciones de los dos policías, pétreas, inexpresivas, y, en aquel instante, supo que su ruina era total, irremediable, absoluta.

En la calle lucía un sol radiante. Algunas nubes blancas se deslizaban lentamente por un cielo de impoluto color azul.

Spotter buscó la mano de Melanie.

—¿Estás dispuesta? —preguntó.

Ella volvió la cabeza y le miró dulcemente.

—Supongo que hablas de empezar a olvidar a Manos de Oro —dijo.

—No —contestó él—. No podré olvidarla jamás, porque siempre la tendré a mi lado.

Melanie volvió a sonreír.

—Sospecho que escribirás una historia con todo lo ocurrido, aunque, lógicamente, alterando nombres de protagonistas y lugares donde se desarrollaron las distintas acciones.

—Es lógico, puesto que empiezo por mí mismo, al utilizar un seudónimo. Sí, escribiré la historia.

—¿Tienes ya pensado el título?

Spotter pasó el brazo por la flexible cintura de la joven.

—Sí —respondió—. El título será: La chica de las Manos de Oro.

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

